



I. GALO DE LA TOCATA. 150 años antes de J.C.

La Galia (actualmente se llaman bretones) lo quería, por que una parte de sus habitantes habían adoptado la religión romana.

2. BARDO GALO. 150 años antes de J.C.

celebrando un sacrificio humano.

LICEO VALENCIANO.

PERIODICO MENSUAL

De Ciencias, Literatura y Artes.

SERIE TERCERA.

DE LA RELIGION

EN SUS RELACIONES CON LAS CIENCIAS.



As de una vez se ha dicho que la Religion era enemiga de los conocimientos humanos; que temia el examen y las investigaciones profundas, y que los hombres religiosos eran naturalmente parciales de la ignorancia y del oscurantismo; nada hay sin embargo menos fundado que esas aserciones calumniosas, que aun se están repitiendo en

nuestros días. No ciertamente, esa revelación divina, bajada del cielo para alumbrar á los hijos de Adán cerca de su origen, sus deberes y sus inmortales destinos, no tiene la funesta propiedad de apagar la antorcha de la razón. Lejos de limitar la inteligencia, y perjudicar por tanto al saber, por el contrario la ensancha y la suministra nuevas luces. Prescribiendo al hombre la actividad, la templanza, el amor al orden, la perfección moral de esa alma, que forma la parte esencial de su ser, el empleo de cuantos medios estén á su alcance de contribuir á la gloria de Dios y felicidad de sus semejantes; exentándole, en fin, de las pasiones ruinas que le embrutecen,

TOMO 2.^o

NUM. 6.^o — JUNIO 1842.

dispónelle así á buscar cuanto es útil, y noble, y verdaderamente digno de su admiracion. Para mostrar con bellísimos egemplos cuánto la Religion levanta el entendimiento y le fecunda, ¿no basta recordar algunos nombres en esa larga serie de ilustres ingenios que brillaron en los primeros siglos de la Iglesia cristiana, tales como Justino y Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes, Basilio, Crisóstomo, Agustino? Y en los tiempos modernos Bosuet, y Fenelon, y Pascal, y Racine, y D'Aguesseau, y Descartes, y Neuton, y Leibnitz, y tantos otros sabios de primer orden, aunque divididos en ciertos puntos, ¿no se distinguieron siempre por su adhesión al cristianismo? Ahora bien, cuanto mas elevada está la mente tanto es mas idónea para formar vastos planes y andar tras de sublimes descubrimientos. Luego la Religion mucho mas que otro cualquiera medio humano ha dilatado la esfera de las ciencias. El alma fatigada, aburrida de la incertidumbre y frecuentes contradicciones de los sistemas, ha podido, en fin, hallar reposo en la deleitable contemplación de una causa única, que lo explica todo. A los ojos del impío, la naturaleza no era sino un agregado fortuito, escapado de manos del acaso: á los del verdadero sabio cristiano, se anima, y aun se engalana con mas hermoso atavío, apareciéndole como una emanación de la soberana inteligencia, y de la bondad infinita, y el sentimiento mas puro viene á mezclarse en él al cálculo de la ciencia, sin menoscabar en nada su exactitud, ni comprometer jamás sus ventajas y triunfos.

Pero si es verdad que la Religion no solo no contraría sino que favorece los conocimientos humanos, puede afirmarse además que ella misma es la ciencia por excelencia, á que se ligan la mayor parte de las otras, ó adonde vienen á beber como á su fuente natural y comun. Para convencernos de ello bastarán algunos cortos pormenores.

Y comenzando por la sana filosofía, por la que es verdaderamente digna de este nombre, la Religion la ayuda poderosamente en las investigaciones acerca de Dios, del alma, de todas las existencias y generalidades, de todas esas innumerables cadenas de agentes y efectos, que hacen del universo un solo todo, y nos llevan á una primera causa, que no es posible desconocer sin cerrar los ojos á la luz.

¿Se trata de las ciencias físicas, que no contentas con estudiar las obras materiales de la creación, con observar sus fenómenos, y estudiar sus relaciones y semejanzas, deben tam-

bien reducirlas á ciertas leyes y principios? Jamás los que en ellas se ocupan son mas linceos observadores, nunca sus tareas dispiertan tan vivo y duradero interés como cuando nos hablan de ellas con un corazón religiosamente conmovido.

Pues en punto de *cronología*, ¿dónde sino en los escritos de Moisés ha encontrado sus primeras fechas ciertas? Y sin esta guía, divinamente inspirada, hubiérase descarriado tal vez con los caldeos, los egipcios y los chinos en ese número incalculable de siglos inventados, cuyo padre no es ciertamente el tiempo.

Por lo tocante á la *historia*, ¿cómo sin el socorro de la Biblia hubiera podido descubrir la verdad en las brillantes ficciones de la mitología, y por entre las profundas tinieblas que envuelven los tiempos fabulosos?

¿Se trata de la jurisprudencia y de la mejora de las costumbres? Recórranse cuantos tratados se han escrito cerca de asuntos tan importantes, y tan íntimamente enlazados con la prosperidad de los pueblos; y dígasenos dónde sino en el evangelio se hallan los mejores principios de legislación, la sanción más fuerte de las leyes, y los sublimes preceptos de una moral siempre acomodada á la naturaleza y destino del hombre? ¡Cosa admirable! exclama con este motivo *Montesquieu*, la Religion cristiana, que no tiene al parecer mas objeto que la felicidad de otra vida, hace tambien nuestra dicha en la presente.... Y la debemos en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de gentes que la naturaleza humana no podrá agradecer bastante.

¿Qué diremos, en fin, de la civilización, sin la cual no hay ciencias? Recuérdese lo que eran en tiempo del paganismo los habitantes de las Gálicas, y de las islas Británicas. Ved á esos galos inmolando desgraciados cautivos en los altares de los falsos dioses, y dándose á conocer por su pereza é ineptitud en las artes de la vida civil, por manera que la *inertia Gallorum* se había hecho proverbial. Mirad tambien á esos bretones de quienes decía Cicerón que en vano se buscaría entre ellos esclavos muy aptos para el servicio, por cuanto eran un pueblo grosero, y sin ningún género de cultura. Despues de haber contemplado este humillante cuadro, mirad ahora á los descendientes de aquellos mismos pueblos, y les vereis llegados á un grado tal de actividad é instrucción, y gusto é industria, que ninguna nación les aventaja. He ahí los frutos de ese cristianismo, el cual á doquier ha penetrado ha llevado

siempre consigo las artes, las ciencias y las buenas costumbres.

Por lo demás no se imagine que lo que hizo el evangelio quince siglos ha para sacar la Europa de la ignorancia y la barbarie, no pueda ya hacerlo hoy como lo pretenden esos osados forjadores de sistemas, que van por do quiera pregonando, »que el cristianismo ha cumplido su mision, que ha caido para no levantarse, porque no se resucita lo pasado." Dejemos á los ridiculos seguidores de San Simon ufanarse de su ideal triunfo, repitiendo hasta el fastidio esas frases tan lúgubres como embusteras. En tanto que nos muestran así la augusta Religion del Hijo de Dios, como muriendo de puro vieja é impotente, el cristianismo sigue gloriosamente su carrera, y continua su obra regeneradora en cien diferentes pueblos. Así por mas que soplen con furia tempestuosos vientos, por mas que arrecien y se desencadenen tormentas, nada hay que temer por él, ni hacer caso de los proyectos, amenazas y congeturas de sus enemigos; confundidos han sido por espacio de diez y ocho siglos, y cierto todavía lo serán. Que bien puede creerse á la palabra del que dijo: enseñad á todas las naciones, y he ahí que estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

Tiempo es ya que digamos algo del homenage que tributan las ciencias á la Religion en reconocimiento de los servicios que les prestan. Si logramos demostrar con hechos incontestables, que aun bajo este respeto vemos reinar entre la Religion y las ciencias la mas perfecta armonía ¿no será esto un nuevo título en favor de la revelacion divina para exigir el respeto, y merecer la confianza de todos los espíritus?

Al comenzar á esplanar esta segunda idea, no disimularemos una objecion que alguien pudiera hacernos, y es, que se ha visto á hombres distinguidos por su saber, constituirse enemigos declarados de la Religion, y emplear todo su talento en desacreditarla y combatirla. Por afflictivo que pueda ser este hecho lo confessamos sin dificultad, como tambien que algunas personas tan piadosas como poco ilustradas miran sin razon las ciencias con ojo suspicáz ó desdeñoso. ¿Pero acaso uno de estos egemplos prueba mas que el otro? ¿A quién no se le alcanza que son muchas las causas que pueden concurrir á hacer de un sabio un incrédulo? Ora las pasiones del corazon ciegan la mente, ó le sugieren la manía de los sistemas y la desatinada presuncion de querer esplicarlo todo; ora una excesiva preocupacion, una atencion fijada en un solo objeto sobrado exclusivamente, le inspira hacia todos los demás indiferencia

y desvío; ya es la imposibilidad en que está el hombre de profundizar á un mismo tiempo todas las ciencias, de manera que el mismo que bajo ciertos respetos merecerá el título de sabio, merece igualmente bajo de otros la tacha de ignorante, y aun temerario, cuando se arroja á juzgar de lo que no entiende.

¡Cuán fácil nos fuera aplicar estas sencillas observaciones á muchos de los corifeos de la mofadora é irreligiosa filosofía del pasado siglo! Largo tiempo se les miró como á soberanos árbitros del saber y del gusto, y sus nombres solos hacían autoridad, mientras que en el nuestro mucho mas positivo se estima en lo que vale su mérito en materia de investigaciones serias y sólida erudicion. ¡Ah! si en vez de la ignorancia relativa y la frivolidad que con harta frecuencia les caracterizaron (1), hubieran tenido un verdadero saber junto con la circunspección é imparcialidad, si hubieran procurado señaladamente no admitir sino lo fundado en sólidas pruebas, y no desechar una verdad de hecho solo porque no sabian explicarla, no hay duda sino que ellos hubieran tambien confirmado con su ejemplo esta asercion de un grande hombre: »poca filosofía conduce tal vez á la incredulidad, mucha filosofía á la Religion.”

Con efecto ¿qué hace el astrónomo cuando con auxilio de sus instrumentos perfeccionados y de sus laboriosos cálculos penetra, como digamos, la profundidad de los cielos; cuando descubre en el universo una grandeza que asombra, y confunde, y aturde la imaginacion: cuando reconoce espantado que este mismo universo no es sino uno de esos mundos sin cuento sembrados en el espacio á espantables distancias? Suministra á la Religion la idea mas magnifica del poderío y magestad del Criador.

¿Qué hace el anatómico cuando espone el tan concertado y maravilloso orden que reina en todos nuestros órganos, y las delicadas correspondencias que los enlazan, y los cuidados tan ingeniosos que alejan su destrucción? Pintarnos con fuerza irresistible la prevision y suprema sabiduría de aquel á quien debemos cuanto somos.

¿Qué hace el naturalista al poner de manifiesto esa multitud de seres organizados que pueblan por todas partes la tierra;

(1) Para reírse con Volter á costa de Ezequiel, es preciso reunir dos cosas, que cierto hacen muy triste esa risa, la ignorancia mas completa, y la mas deplorable frivolidad. (Benjamin Constant, citado por Chateaubriand en el prefacio de sus *Etudes historiques*).

al mostrarnos el mas reducido espacio ocupado por la vida bajo mil formas diversas, y los medios de conservacion y de placer correspondientes á cada uno de ellos? Ostenta á nuestros ojos con inefable encanto los tesoros de la divina bondad para con el hombre.

Ahora pues, si entre esos hombres que por estado ú aficion se dedican á describir las maravillas de la creacion, hubiese alguno materialista ó ateo ¿pudiera de aquí inferirse con razon que los cielos y la tierra no *pregonan ya la gloria de su Hacedor?* Esto, cuando mas probaria que hay sordos que no quieren oír, y ciegos voluntarios que no quieren ver. Pudiéramos citar mas de un egempleado de ello, y mostrar hasta la evidencia que el cristianismo no teme las luces ni descubrimientos modernos.

Sabida cosa es que el docto Bailly se habia afanado mucho por justificar la cronología remota de los indios, sosteniendo la exactitud y autenticidad de sus tablas astronómicas. Este sistema adquirió en Francia y en Europa una grande celebridad. Ya la incredulidad se ufanaba de su triunfo, y al parecer la cronología mosaica no se levantaria ya del descrédito en que habia caido. ¡Frívolo y pasagero triunfo! No tardaron Bentley, y Laplace, y Delambre en rectificar los cálculos de Bailly, y probaron que esas mismas tablas indianas, á que los bramines daban una antigüedad de veinte millones de años, habian sido fabricadas habia apenas ocho siglos.

A pesar de esta derrota, volvióse pronto á la carga, principalmente con ocasión del famoso zodíaco de Denderah. No se habrá olvidado el partido que Dupuis y sus discípulos esperaban sacar de allí en apoyo de sus sueños acerca del origen de los cultos, y una pretensa civilizacion egipcia muy anterior á Moisés y aun al diluvio. Su hipótesis dió ocupacion á un gran número de ingenios. Halláronse en el mundo sabio hombres superiores que rectificaron asimismo los cálculos de Dupuis y sus partidarios, y demostraron su inexactitud. Arqueólogos y artistas profundamente versados en el estudio comparativo de los monumentos antiguos se avinieron generalmente en asignar por edad al zodíaco la época de la dominacion romana en Egipto. Mas aunque la hipótesis que le atribuía una antigüedad de mas de sesenta siglos amenazaba ruina, aun habia quien osaba sostenerla, y á las veces con alguna ventaja. Súbito hase desvanecido como un sueño engañador. En la fachada de los templos arruinados de uno de los cuales se habia sacado el zodíaco, objeto de tantas discusiones, y en medio de las misteriosas pintu-

ras que adornaban estos templos, las cuales debian, segun se decia, encerrar los primeros conocimientos del mundo todavía niño, Letrone y Champollion han leido el uno en griego, el otro en geroglificos, que ha hecho en fin inteligibles, los títulos y nombres de Ptolomeo, Cleopatra, y los emperadores romanos que los habian hecho construir hacia el principio de la era cristiana. Jamás hubo demostracion mas picante y completa juntamente de la verdad de la Biblia, é inutilidad de los esfuerzos de los que la combaten.

¿Y cuánto no pudiéramos decir aun de tantos otros preciosos documentos de la misma clase que han recogido los dos hermanos Champollion, para los cuales, merced al admirable descubrimiento del alfabeto geroglífico, los monumentos de arquitectura y los papiros del Egipto no tienen ya secretos?

»Los mudos seculares acaban de recobrar el habla en su desierto,» ha dicho con este motivo Mr. de Chateaubriand. ¿Y quién no ve la mano de la Providencia divina en esas voces respetables que tras de un silencio de 3,600 años parece salen de los vastos sepulcros de los Faraones, y de en medio de las cubiertas de las momias, de propósito para rendir homenage á la Religion, confirmando las relaciones del Génesis y del Exodus? No ha mucho Champollion y Lenormant han recorrido el Egipto del Norte al Mediodia, y sus infatigables esploraciones nada han descubierto que subiera mas allá de la época de Abraham. Cuanto á los tiempos anteriores nada han encontrado en los monumentos, ni en Manethon, sino ruinas y fábulas. Por el contrario, todos los monumentos que han traído ó habian ya examinado en Europa antes de su partida, han demostrado la narracion de Moisés, ó aclarado pasages que se habian mirado hasta ahora como oscuros, ó sujetos á controversia. Siendo esto así, ya no preguntaria Volter hoy en dia cómo, y en qué pudo el Legislador de los hebreos escribir el Pentateuco, puesto que tenemos la prueba de que en su tiempo se escribia sobre el papiro. Ya no preguntaria cómo el sacrificador Helcias pudo hallar en el templo de Jerusalen, tras de un intervalo de mil años, el autógrafo de la ley divina, por cuanto subsisten y son todavía legibles papiros, y contratos de la época de los Faraones. No preguntaria ya de qué manera pudo Moisés hacer egecutar en el desierto tantos objetos de arte para el Tabernáculo y los vasos y vestiduras sagradas, pues que entonces florecian todas las artes en Egipto donde Moisés habia adquirido su conocimiento. Ya no preguntaria si Esdras no forjó tal vez los libros

santos cuya colección formó; porque si aquellos libros fueran obra de la impostura, ¿cómo hubiera podido falsificarse la historia escrita y monumental de Egipto para hacerla coincidir con ellas en multitud de circunstancias y fechas esenciales? Pero basta por ahora en un asunto tan copioso: añadamos solamente antes de terminar algunas observaciones sacadas de la geología.

Esta bella ciencia es aun enteramente nueva; nació ayer como digamos, y tambien ha pagado ya su noble tributo á la Religion, contra la cual se asestaron muchas veces sus laboriosas, pero imperfectas investigaciones.

Con efecto, despues de haber agotado vanamente su arsenal de argumentos metafísicos, la incredulidad recurrió á ataques de nueva especie. En vista de la oscuridad y contradiccion que observaban en los diferentes sistemas con que se trató por mucho tiempo de esplicar el origen y composicion de nuestro globo, muchos incrédulos volvieron hacia esta parte la actividad de su ingenio. Esploraron las riberas de los ríos y los mares, las capas de las montañas, las entrañas de la tierra; y semejantes á los gigantes de la fábula creyeron haber tomado de su madre comun fuerzas bastantes á derrocar al Todopoderoso, y su palabra de verdad. La mayor parte de los escritores escépticos del pasado siglo fueron seducidos por las objeciones de estos geólogos de su tiempo. Antes que creer en el diluvio, el patriarca de Ferney prefirió admitir que los mariscos y peces petrificados hallados á grandes distancias de la mar habian sido llevados allí por viageros y peregrinos.

Hay particularmente un punto de crítica sagrada conexo con la idea que esplanamos, y acerca del cual han disputado largamente los teólogos, hablo del verdadero sentido que debe darse á los primeros versículos del Génesis. Despues de no haber visto en ellos sino una sola creacion, vínose á congetturar del significado de algunas palabras hebreas, que era forzoso distinguir entre la creacion primitiva del universo y la progresiva conformacion de nuestro globo. Los trabajos, aunque muy imperfectos de los primeros geólogos, hacian necesaria ya esta distincion; pero los seis días de esta creacion, menudamente contada por Moisés, presentaban aun muchas dificultades insolubles, resultaban dudas que atacaban al parecer la divina autoridad de la Biblia; y las personas piadosas que sin renunciar á la ciencia de salud cultivan al mismo tiempo las ciencias humanas, y saben que las verdades reveladas no pueden hallarse en contradiccion con las que los sentidos nos manifiestan

ó la razon nos demuestra, veian con dolor á los detractores de los libros santos tomar del mas antiguo de todos armas para combatirlos. De improviso los estudios geológicos toman un nuevo vuelo: estiéndese inmensamente la antigüedad material del globo: las antiguas teorías que por lo comun se destruian entre sí y neutralizaban una por otra, ceden á observaciones incontestables, y los adversarios del antiguo testamento creen ver la verdad del Génesis abismada para siempre con la antigua ciencia. Sin embargo ¿qué ha acontecido? La ciencia nueva perfeccionada con loable emulacion por una multitud de sabios y tal cual ha salido principalmente de manos del célebre Cuvier (1), parece sí haber desechado la esplicacion vulgar y literal de los seis días; pero en vez de convencer de mentira al Génesis, ni ofender en nada la doctrina ortodoxa, nos ha dado de él un comentario tan admirable como plausible (2). Así nos ha descubierto antes del nacimiento del hombre largos períodos en que el Dios de la naturaleza revestia sucesivamente su obra de formas diversas y progresivas, preparando lentamente el imperio del hombre inteligente y moral. Antes de este, el globo es ocupado primero por el caos de las ondas, luego por vegetales monstruosos, despues por réptiles gigantescos, despues por mamíferos enormes, y sin embargo semejantes á los nuestros. No son estas simples congeturas, hipótesis brillantes, mas ó menos aventuradas, sino hechos generalmente admitidos, que es difícil negar.

(1) Discurso sobre las revoluciones del globo.

(2) La cronología de Moisés data mas bien desde el instante de la creacion del hombre, que del de la creacion de la materia, por manera que sube no tanto al origen mismo del globo cuanto al origen de la especie humana. Así podemos con razon decir á los geólogos: escudriñad cuanto querais en las entrañas de la tierra, si vuestras observaciones no piden que los días de la creacion sean mas largos que nuestros días ordinarios, continuaremos siguiendo la opinion recibida hasta aquí acerca de la duracion de estos días. Si por el contrario, descubris de una manera evidente que el globo terrestre con sus plantas y animales debe ser muy mas antiguo que el género humano; el Génesis nada tendrá de contrario á este descubrimiento, porque se os permite ver, en cada uno de estos días, otros tantos períodos de tiempo indeterminados, y en ese caso vuestros descubrimientos serian el comentario esplicativo de un pasaje cuyo sentido no está fijado enteramente. (Véase á Mr. Frayssinous, Conferencia sobre Moisés &c.)

En efecto, cuando guiados por la geología examinamos atentamente la sólida cubierta de nuestra tierra, vemos que después de las capas de granito, las cuales anuncian que en la época de su formación no había aun parecido ningún ser organizado, se encuentran fragmentos de vegetales o piedras en que están impresas sus figuras. Subiendo á las capas superiores, descúbrense las conchas y restos de pescados, y sucesivamente los de los grandes réptiles, y los huesos de los cuadrúpedos. Al demostrar así el acuerdo perfecto de los días ó épocas mencionadas por el historiador sagrado, con las grandes épocas de la naturaleza, en medio de este vasto cementerio, triste montón de ruinas de un mundo primitivo, el hombre busca con vivo interés, y aun inquietud, los restos de su semejante; pregunta en vano por ellos á los anales de los siglos, y estos le responden que el hombre criado él postero no fue envuelto en tan espantosas catástrofes: que á la sazón Dios, segun toda apariencia, no le había aun criado.

Así, pues, esa misteriosa historia de la creacion, sepultada en los abismos de lo pasado, ese secreto infinito que ningún ojo pudo ver, ese secreto que, después de estar enterrado miles de años en las entrañas de la tierra, no salió de allí sino en nuestros días, junto con los huesos de dos mastadones y megalosauros: este secreto Moisés lo sabía, y lo escribió en su libro. ¿Dónde lo había encontrado? ¿Quién había dirigido su pluma? Se han buscado miserables soluciones á este maravilloso problema, y por mas que se haga, la ciencia de Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, no puede explicar bien tales geroglíficos. Los sacerdotes del Egipto seguramente no habían sobrepujado á nuestro siglo XIX en el estudio de la geología; y no es verosímil que los sabios hallen jamás en sus papiros la obra de Cuvier, ni cosa que se le parezca. No, fuera de la intervencion divina, nada hay que pueda explicar este misterio; y si Moisés lo conoció fue porque lo había aprendido de Dios mismo que le inspiraba.

De cuanto hasta aquí llevamos dicho dimana esta consecuencia muy consoladora para el hombre instruido, y sincero amigo del cristianismo, á saber: que en vano se querrá intimidarnos con nuevos descubrimientos científicos. Y ¿por qué los temeríamos como peligrosos para la fe? ¿Por ventura el Dios de la naturaleza no es el mismo Dios de la Religion? ¿Y no estamos de antemano seguros que en sus diferentes obras reinara siempre la mas perfecta armonía? Ahora bien, la Religion no

quiere sino la verdad, y la verdad es tambien el fin esencial de los conocimientos humanos. Lejos, pues, de mirar con receloso temor los descubrimientos de los verdaderos sabios, los deseamos con todo el ardor de nuestra alma. Sabemos por experiencia que confirmarán constantemente los relatos de nuestros sagrados libros, y que podrán á lo mas manifestar el verdadero sentido de algun pasaje oscuro, hasta entonces disputado, ó mal entendido. Si, pues, alguna dificultad, alguna contradiccion aparente viene á las veces á embarazar al tímido creyente, tranquílcese, tenga paciencia, que el tiempo y el sólido saber le descubrirán el misterio, que no puede comprender todavía. *Pasa una generacion y viene otra*, pero el género humano permanece. El que dijo: *Yo soy la luz del mundo, vive y reina eternamente, y cierto cumplirá su palabra, y la aparente oscuridad, que todavía queda, será tarde ó temprano disipada.*

V. M. y. Flórez.

Origen y comprension

DE LA IDEA DE PROPIEDAD.

Continuacion del articulo que bajo este título se principió en el núm. 4.^o de la 2.^a serie, y se continuó en el 4.^o de la 3.^a.

Pero volvamos á la propiedad. Hasta ahora no hemos hecho mas que fijar la significacion de la palabra derecho. Vamos á fijar y esplicar la palabra disposicion, que es otra de las ideas elementales que hemos encontrado en la idea compleja de propiedad. Una disposicion, ó por mejor decir, una facultad de disponer estensa, ilimitada, omnívima, es el carácter de la primera idea que nos formamos de ella; porque tal carácter es el que mas se aviene con la naturaleza de nuestras necesidades, con la libertad y predominio de nuestros deseos y con el estado primitivo de las cosas; en una palabra, porque es tambien primera en el orden natural de su origen, y anterior por necesidad á la de restriccion ó límite. Tal es la idea que de la

En efecto, cuando guiados por la geología examinamos atentamente la sólida cubierta de nuestra tierra, vemos que después de las capas de granito, las cuales anuncian que en la época de su formación no había aun parecido ningún ser organizado, se encuentran fragmentos de vegetales o piedras en que están impresas sus figuras. Subiendo á las capas superiores, descubrense las conchas y restos de pescados, y sucesivamente los de los grandes réptiles, y los huesos de los cuadrúpedos. Al demostrar así el acuerdo perfecto de los días o épocas mencionadas por el historiador sagrado, con las grandes épocas de la naturaleza, en medio de este vasto cementerio, triste montón de ruinas de un mundo primitivo, el hombre busca con vivo interés, y aun inquietud, los restos de su semejante; pregunta en vano por ellos á los anales de los siglos, y estos le responden que el hombre criado el postero no fue envuelto en tan espantosas catástrofes: que á la sazón Dios, segun toda apariencia, no le había aun criado.

Así, pues, esa misteriosa historia de la creación, sepultada en los abismos de lo pasado, ese secreto infinito que ningún ojo pudo ver, ese secreto que, después de estar enterrado miles de años en las entrañas de la tierra, no salió de allí sino en nuestros días, junto con los huesos de los mastodontes y megalosauros: este secreto Moisés lo sabía, y lo escribió en su libro. ¿Dónde lo había encontrado? ¿Quién había dirigido su pluma? Se han buscado miserables soluciones á este maravilloso problema, y por mas que se haga, la ciencia de Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, no puede explicar bien tales geroglíficos. Los sacerdotes del Egipto seguramente no habían sobrepujado á nuestro siglo XIX en el estudio de la geología; y no es verosímil que los sabios hallen jamás en sus papiros la obra de Cuvier, ni cosa que se le parezca. No, fuera de la intervención divina, nada hay que pueda explicar este misterio; y si Moisés lo conoció fue porque lo había aprendido de Dios mismo que le inspiraba.

De cuanto hasta aquí llevamos dicho dimana esta consecuencia muy consoladora para el hombre instruido, y sincero amigo del cristianismo, á saber: que en vano se querrá intimidarnos con nuevos descubrimientos científicos. Y ¿por qué los temeríamos como peligrosos para la fe? ¿Por ventura el Dios de la naturaleza no es el mismo Dios de la Religion? ¿Y no estamos de antemano seguros que en sus diferentes obras reinara siempre la mas perfecta armonía? Ahora bien, la Religion no

quiere sino la verdad, y la verdad es tambien el fin esencial de los conocimientos humanos. Lejos, pues, de mirar con receloso temor los descubrimientos de los verdaderos sabios, los deseamos con todo el ardor de nuestra alma. Sabemos por experiencia que confirmarán constantemente los relatos de nuestros sagrados libros, y que podrán á lo mas manifestar el verdadero sentido de algun pasaje oscuro, hasta entonces disputado, ó mal entendido. Si, pues, alguna dificultad, alguna contradiccion aparente viene á las veces á embarazar al tímido creyente, tranquilícese, tenga paciencia, que el tiempo y el sólido saher le descubrirán el misterio, que no puede comprender todavía. *Pasa una generacion y viene otra*, pero el género humano permanece. El que dijo: *Yo soy la luz del mundo, vive y reina eternamente, y cierto cumplirá su palabra, y la aparente oscuridad, que todavía queda, será tarde ó temprano disipada.*

Origen y comprension

DE LA IDEA DE PROPIEDAD.

Continuacion del articulo que bajo este título se principió en el núm. 4.^o de la 2.^a serie, y se continuó en el 4.^o de la 3.^a.

Pero volvamos á la propiedad. Hasta ahora no hemos hecho más que fijar la significacion de la palabra derecho. Vamos á fijar y esplicar la palabra disposicion, que es otra de las ideas elementales que hemos encontrado en la idea compleja de propiedad. Una disposicion, ó por mejor decir, una facultad de disponer estensa, ilimitada, omnívoda, es el carácter de la primera idea que nos formamos de ella; porque tal carácter es el que mas se aviene con la naturaleza de nuestras necesidades, con la libertad y predominio de nuestros deseos y con el estado primitivo de las cosas; en una palabra, porque es tambien primera en el orden natural de su origen, y anterior por necesidad á la de restriccion ó límite. Tal es la idea que de la

facultad de *disponer* debe formar el ser propietario en la vida estrasocial; y tal es la que ha de formarse aun ahora sobre aquel estado, el que se detenga á pensar un poco; porque en efecto, aunque sujeta á una situacion precaria la existencia de aquella facultad, su ejercicio es sin embargo independiente de toda relacion estraña, y reservado esclusivamente á la voluntad y aun al capricho del ser propietario, en todos los usos de su naturaleza y estension. Por consiguiente, nada puede restringir aquí el imperio de su voluntad sobre el uso y aprovechamiento de su objeto; y este uso no tendrá mas límite y acotamiento aun en su precaria posesión, que el que le señale la naturaleza misma del objeto ó las circunstancias del tiempo y del lugar. No se escluirá pues de esta libre disposicion la idea de aprovecharse de los frutos del objeto, de *destruirle* y *consumirle*, ni la de hacer todo esto sin riesgo alguno de que esta libertad pueda encontrarse ó rozarse con este mismo ejercicio de otra persona, y de ser contrariado por ella. De un solo punto le puede sobrevenir, como se ha dicho, la restriccion y el límite de su amplia disposicion: á saber, de la naturaleza del objeto y de las circunstancias particulares del lugar y del tiempo. De la naturaleza del objeto; porque no será árbitro, á pesar de su libertad, de trasladar el terreno que tenía cultivado, de insistir continuamente sobre él. De las circunstancias del lugar; porque le impedirán llegarse muchas veces á su objeto, y aun aprovecharle cuando quiera, ya el lugar pantanoso ó escarpado, ya el torrente que se cruza entre la situacion del objeto y la residencia del individuo; ya el estado de la temperatura, ya en una palabra, cualquier otra influencia atmosférica: pero créase firmemente que estas limitaciones, y ninguna otras, experimentará en nuestra suposicion el individuo propietario. Porque ¿de dónde pueden nacerle otras, cuando ninguna relacion le une con otro ser semejante, ni mucho menos con ninguna sociedad? Su voluntad es pues enteramente libre así sobre todas las acciones á que se prestan sus facultades y toda la actividad de su ser, como sobre todos los usos de que es susceptible la naturaleza del objeto de su propiedad considerada con relacion á las circunstancias del tiempo y del lugar: todo se comprende sin exceso en la idea elemental de disposicion que constituye la de propiedad fuera del imperio de la ley.

Pero ¿qué viene á ser bajo el imperio de la ley aquella facultad de disponer? ¿Qué viene á ser el derecho de propiedad considerado el hombre en presencia de sus semejantes, frente

á frente de la sociedad? Lérminier ha juzgado la relacion del hombre con la sociedad por la mas difícil de sostener, la mas importante y la mas digna de ser estudiada. Este problema, dice, se está agitando y desenvolviendo desde el origen del mundo. Es en efecto difícil comprender de una mirada y en globo todas las relaciones que pueden unir al individuo propietario con la sociedad bajo cualquier forma de gobierno; y mas difícil todavía si se compara tal estado de la propiedad con el mismo en la vida estrasocial: pero no debe inferirse de aquí, ni creer tampoco sobre la palabra y asercion de Lérminier que es imposible el distinguir, conocer y valuar la mayor parte de estas relaciones; pues fundándose ellas en las calidades esenciales de los objetos que constituyen la propiedad y en las facultades esenciales de la naturaleza humana, han de ser forzosamente las mismas en todos los tiempos y en todos los lugares; y han de poderse conocer y apreciar con solo el conocimiento de las facultades del hombre y de las calidades de las cosas. Esto nos conduce á decir que todas las relaciones que van á interponerse entre la propiedad individual y la sociedad, bajo el aspecto en que ahora la consideramos, son en su mayor parte limitaciones de aquella indeterminada estension con que se poseia fuera de la vida social. Limitaciones en los medios de adquirir, limitaciones en la libertad de poseerse y usarse y limitaciones en los medios de trasmitirse.

Comenzando pues por los medios de adquirirse la propiedad en aquel estado, los hemos visto enteramente librados á la voluntad y á la posibilidad del individuo. Es de suponer que entre ellos daria necesariamente la preferencia á los que con igual ventaja requiriesen menos trabajo; pero sin condicion de verificar ningun acto determinado, sin sujecion á ninguna regla, ni á otra especie de consideracion. Mas en la vida social, suceden las cosas de muy distinto modo; porque si bien pueden adoptarse y legitimarse casi los mismos medios de adquisicion, se consideran sin embargo como necesarias ciertas condiciones en los actos del individuo, y determinadas circunstancias en las cosas que se adquieren, á fin de que se pueda hacer constar por un hecho fijo, determinado y ostensible, que tal objeto de propiedad está mas bien adquirido por tal individuo determinado, que por otro; y de que se pueda patentizar por este medio esterno su dominio. Tales pueden considerarse los medios de adquirir conocidos con los nombres técnicos de *ocupacion, accesion, isla, aluvion, &c.*

Por lo que mira al uso y disposición de la propiedad, no hemos encontrado otras limitaciones de esta facultad en la vida estrasocial, que aquellas que nacian de la naturaleza física del tiempo y del lugar: la lluvia, el torrente, el terreno fragoso, las corrías de los enemigos, el asalto de los ladrones. Fuera de estas, ni existen ni pueden reconocerse otras. Mas, no se limitan solamente á estas en la vida social. Si se trata de los varios objetos que se enumeran en la clase de muebles, aunque de un uso mas libre, se encuentran no obstante sujetos con frecuencia á ciertos cotos de lugar, de tiempo, de cosas y de circunstancias: las reglas de policía urbana, de salubridad pública, las leyes restrictivas y prohibitivas de comercio, leyes de policía criminal y otras semejantes, restringen y limitan necesariamente el uso y el aprovechamiento de aquellos, sujetándole de continuo á determinado tiempo, modo y lugar. Y no se crea que semejantes restricciones son nacidas de exceso ó de abuso del poder; pues muy al contrario, son todas naturales y necesarias, y derivadas forzosamente del estado y de la naturaleza misma de la asociación, así del conjunto de los individuos propietarios, como de la acumulación de los objetos de propiedad.

Igual juicio se ha de formar de la grande clase de la propiedad raíz ó inmueble, así de aquella que es por su naturaleza, como aquella que lo es por el arte, uso, ó aplicación que le da la mano del hombre. Limitaciones todas diversas y considerables por su número y naturaleza; pero derivadas todas del modo peculiar de existir los objetos de propiedad, y de su acumulamiento y agregación en un lugar de determinadas influencias. Con efecto, de la posición peculiar que tiene un predio rural, por ejemplo, un campo en un terreno pendiente, le nacerá la servidumbre natural y necesaria de recibir y dar salida á las aguas del campo superior; del estado peculiar de encontrarse contiguo á otro campo, le nacerá la de prestarle acceso ó camino; y de la de encontrarse situado á la inmediación de un camino, de un egido público nacerá la imposibilidad de estender su límite de aquella parte, y de procurar su aumento. Otro tanto sucederá, si se habla de un edificio destinado á la habitación; porque del mismo modo han de nacer otras limitaciones en el uso y aprovechamiento de la propiedad; ya en la imposibilidad de edificar en dirección determinada; ya en la de abrir puertas y ventanas en determinados puntos; ya en la de arrojar las aguas, desperdicios,

y demás superfluidades; ya, por fin, en otras semejantes que suelen ser objeto de las reglas de policía urbana, de salubridad pública, &c.; porque claro es que de todas estas trábas se veia absolutamente libre y desembarazado el hombre en la vida estrasocial; y que son por do mismo otras tantas limitaciones del uso y de la disposición de la propiedad. Lo son asimismo todas las leyes relativas á la trasmision de ella; pues aunque *aislado el hombre, ni concebible era ni podía existir la libertad relativa á esta limitacion; existia una libertad absoluta y universal*, que ha sido realmente limitada y cercenada en la vida de la ley. Tales son las leyes que fijan las condiciones de la trasmision voluntaria de la propiedad, como son las relativas á la testamentifaccion; las que hablan de las trasmisiones, que se realizan sin esta voluntad expresa, como las leyes del abintestato; las que tienen por objeto las trasmisiones usuales y frecuentes en el comercio de la vida, destinadas á las necesidades actuales de ella; como todas las que arreglan los contratos; y en una palabra, son restricciones de tal libertad hasta las leyes fiscales que destinan la propiedad vacante á determinados objetos.

He aquí una multitud de restricciones del uso y aplicación de la propiedad en el seno de las sociedades, que debían ser enteramente desconocidas en la vida estrasocial. Restricciones considerables por su prodigioso número y por la diversidad de su naturaleza; pero restricciones conocidas, contadas y apreciables, que tienen todas una razon mas ó menos clara, mas ó menos manifiesta y fundada, ya en la naturaleza de los lugares, de sus influencias y circunstancias; ya en la índole peculiar de los varios objetos de la propiedad; ya en la naturaleza misma de la reunion y asociacion de individuos de la especie humana, como dotados de facultades determinadas, y sujetos á determinada especie de necesidades. Por mas que parezca oscuro, pues, al ilustre Lerminier el determinar las relaciones del hombre con la sociedad, no lo parece tanto en verdad al hablar separadamente de cada una de ellas, y al estudiar con detenimiento su naturaleza y su origen; porque si bien es verdad que crecen y se diversifican de un modo prodigioso; tambien es cierto que tienen todas un origen conocido, una razon fundada y una causa permanente y esencial.

Dos únicas relaciones ofrece la propiedad en presencia de la sociedad que podrian justificar hasta cierto punto el escrupulo y estremada circunspección que muestra Lerminier al

emitir su juicio; á saber: determinar el sacrificio que la propiedad debe hacer á su seguridad, ó lo que es lo mismo, el que puede exigir la sociedad del individuo propietario en cambio de la protección y de la seguridad que le dispensa; y la garantía y precaución con que le conviene armarse contra una acumulación excesiva de propiedad en las manos de un solo individuo, ó de una sola clase ó corporación determinada. Sobre estas cuestiones podría únicamente juzgarse oportunamente la reserva y circunspección de Lermínier, y aun no tanto por la dificultad que ofrece la solución útil y asequible de ellas, cuanto por lo imposible de obtener la que se suele buscar. Porque en efecto no deja de ofrecer una dificultad invencible el vano esfuerzo de acotar y determinar de una manera absoluta, abstracta y general la cantidad, por decirlo así, de perdida de propiedad que debe sacrificarse á la seguridad en todos los tiempos y en todas las sociedades, y el de dar en regla una fórmula de aplicación universal, así del sacrificio consagrado á la seguridad y á las demás ventajas de la sociedad, como del cúmulo de propiedad que podría ofrecer riesgo á la seguridad y al bien público de los asociados. Sobre cuestiones semejantes se pensará y escribirá con poca utilidad, siempre que el trabajo se dirija al objeto indicado: pero si este se ciñe á lo que puede ser útil averiguar sobre ellas, y se desecha del examen y de la investigación todo lo que no puede ser averiguado ni debe producir tampoco utilidad alguna cuando lo fuera; se simplificaría mucho el objeto de la investigación, y se podría llegar á un resultado útil y realizable, que compensando suficientemente el trabajo, satisfaciera el entendimiento.

Hecha esta ligera indicación y dando por evidente, en buena ideología, que la solución de las cuestiones depende esencialmente del modo de proponerlas; de ordenar, fijar y entender bien las palabras que comprenden íntegro el juicio expresado, examinemos las mismas cuestiones bajo otra distinta forma. Se pregunta sobre la primera: ¿cuál es la cantidad que bajo cualquier especie de representación debe sacrificarse á la conservación y seguridad de la propiedad? ¿Desea saberse la proporción exacta que debe guardar aquél sacrificio con la cantidad de la propiedad? Propuesta en semejantes términos la cuestión, se comprende bien su sentido y significado; pero se comprende todavía mejor que su solución es imposible é inútil. Imposible; porque debiendo variar la cantidad de aquél sacrificio ó desfalco según la varia naturaleza de la organización social, según el

estado de cultura, de poder, segun su posicion topográfica, sus influencias del suelo y de la atmósfera, su representacion en el órden político y segun otras mil condiciones que influyen esencialmente sobre las necesidades públicas; forzosamente debe variar la cantidad de aquel desfalco en distintas naciones, en un mismo tiempo, y en distintos tiempos, en una misma nacion. Solo contrayéndose á una determinada nacion, en un tiempo determinado y fijadas y acotadas sus necesidades; es como se presenta posible dar una solucion que satisaga á la cuestión propuesta; y es la razon ideológica de ello, que á una pregunta relativa es imposible darse una respuesta absoluta. La contestacion pues que se busca, es absolutamente imposible conservando la cuestión el sentido abstracto y científico que comunmente se le da. Es tambien inútil; porque constando á no dudar la imposibilidad de admitir una solucion semejante, y mediando una conviccion íntima de ello; no puede producir ningun resultado provechoso, ni dar orígen á ninguna regla de aplicacion y de gobierno, que representada bajo una fórmula fácil y espedita, pueda servir en las necesidades de su especie.

Casi el mismo juicio debe formarse sobre lo que generalmente se dice acerca de las espropriaciones forzadas; porque si el objeto, al sujetarlas á exámen, es producir un juicio cierto y asegurado sobre su justicia en los casos individuales, y una regla constante é invariable que libre de riesgo pueda seguir el legislador en cada caso particular; es tambien una discusion sin objeto, ó por mejor decir, con un objeto irrealizable, y por consiguiente de ninguna utilidad. Este nuestro juicio se apoya en las mismas razones que el anterior; y uno y otro dan por resultado indudable, que cuestiones semejantes no pueden sacarse de la esfera de la teoría general y científica sino en la aplicacion especial de cada caso particular; y que por mucho que la ciencia adelante, nunca podrá producir mas que un cánón ó regla abstracta y general por naturaleza, que necesitará de un discernimiento escrupuloso en cada aplicacion individual. Podrá decirse, por ejemplo, que todo gobierno debe ser extremadamente circunspecto en exigir semejantes sacrificios; y que debe economizarlos hasta el grado que le sea posible. Que relativamente á estas limitaciones del uso de la propiedad, debe mirar como norte la máxima, de que su último grado de bondad se ha de manifestar en el último de economía

en disponer de estos sacrificios; que bajo este aspecto, aquel será mejor gobierno y mas ventajoso para los asociados, que en circunstancias dadas produzca la misma cantidad de bien, y proporcione las *mismas ventajas con menos carga y menos desfalco de la propiedad*. Pero no podrá darse una regla determinada y de detalle que reuna á la vez la generalidad de una regla y el acomodamiento y aplicacion de un juicio particular. En una palabra: una misma es la causa que exige el sacrificio de parte del asociado y la economía y circunspección con que debe exigirle la sociedad; porque si la sociedad tiene tambien *una vida, y esta vida necesidades que satisfacer*; y las necesidades en su satisfaccion, objetos que consumir y que trastornar; y las necesidades sociales no pueden satisfacerse mas que con los medios de los asociados; tambien en la sociedad como en los individuos pueden existir necesidades fingidas; que provocan á su vez sacrificios supérfluos y exigencias abusivas.

(*Se continuará.*)

CONSIDERACIONES

sobre el estado social de las poblaciones de la Turquía europea.

Pocos paises en el dia ofrecen tan grande interés para ser estudiados como la Turquía europea. Los hombres de estado, los filósofos y los economistas, tienen allí que aprender mas aun que los poetas, que desde tiempo inmemorial han acudido á buscar en ella recuerdos e inspiraciones. Aquel pais tan bello y tan triste al mismo tiempo, es el único que en el día desperta nobles pasiones en las almas grandes. Su suerte ha estado á punto de turbar el sosiego de la Europa: á nadie se oculta que su seno encierra los gérmenes de un porvenir misterioso y fecundo, cuyas consecuencias no han de alcanzar á él solo. Su peso en la balanza política sería tal que bastaría para trastornar el equilibrio del mundo. Aun es mayor quizá su importancia á los ojos de la Religion, y el solo nombre de su capital preconiza los importantes servicios que de él ha recibido y puede aun recibir el cristianismo. Las miradas del resto de la Europa están fijas en él con simpatía y zozobra. Parece como

si todos anhelasen resolver á la vez los magníficos problemas que ofrece á la pública solicitud; porque la barbarie que lo tiene desolado es un desafío á la civilización europea.

Mas no debe admirarnos que la Turquía sea tan poco conocida, á pesar del vivo interés que inspira. Solo de poco tiempo á esta parte se la puede recorrer impunemente; porque en parándose se hace uno sospechoso, en términos que los mas atrevidos viageros solo la han visitado de paso. Las mejores cartas geográficas, bien sean austriacas, rusas ó francesas, están llenas de increíbles errores, y son mas á propósito para estra- viar que para dirigir. A veces toman un río por una ciudad, otras una ciudad por una montaña. Contienen algunos centenares de villas y lugares que no existen, y omiten millares de los que existen. En la antigua Mœsia y en la Tracia hay algu- nos valles menos esplorados y conocidos que los territorios americanos al Oeste de los Alleghanys. En el fondo de algunos de estos valles omitidos en las cartas he hallado poblaciones cristianas primitivas, y admirables por su vigor, por su sen- cillez y por su candor. Hay allí un nuevo mundo por descu- brir ó mas bien un mundo antiguo que desenterrar. El antiguo cristianismo ostenta por todas partes su lozanía como una planta frondosa sobre un terreno vírgen. No parece sino que las generaciones que lo han conservado á tanta costa, reca- tándose por espacio de tantos siglos de la vista de los profanos, conocen que es llegada la hora de mostrar á la Europa recon- nocida este glorioso y venerable depósito. El carácter principal de la Turquía actual es la exuberancia de vida de la población cristiana y la decadencia física y moral de la raza musulmana.

Al mismo tiempo que el viagero queda maravillado á vista de este contraste, admira la incomparable magnificencia y fe- cundidad del territorio turco. Apenas atraviesa el Save que separa á Semlin de Belgrado, es decir, la Hungría de las pro- vincias de la Servia, cuando comienza á experimentar una no interrumpida sorpresa. El océano no presenta una barrera mas firme que este río entre la barbarie y la civilización. En su ribera izquierda todo está animado, poblado, cultivado: en la derecha todo está solitario é inculto. La noble ciudadela del príncipe Eugenio se desmorona entre las manos de los turcos: Belgrado parece que renace bajo el poder de los serbos, que son cristianos. Donde quiera que brilla la cruz se multiplican los edificios nuevos; donde solo se divisan minaretes la tierra se cubre de escombros. Esta ciudad es como un pequeño bos-

quejo de la Turquía entera. No parece sino que la política ha reunido en ella á los cristianos y á los turcos para hacer resaltar mas la incompatibilidad de las dos razas, ó mas bien la superioridad incontestable de la raza cristiana. La Servia es el laboratorio en el cual se prepara la única fusión que se puede esperar despues de tanta opresion por una parte y tanto sufrimiento por otra. Allí es donde las dos poblaciones yustapuestas mas bien que unidas, enyasan, bajo una administracion mitad cristiana y mitad turca, la nueva existencia social que algun dia servirá de modelo al resto del imperio, ó por lo menos de transicion para un régimen mejor.

La Servia era, pues, naturalmente el pais por cuya observacion debia yo comenzar el viage cuyos resultados voy á esponer. Esta provincia, medio separada del imperio por el tratado de Bucharest (16 de Mayo de 1812) y por el de Ackerman (25 de Setiembre de 1826), forma una verdadera cabeza de puente, escelente para defender, y mejor aun para atacar el pais con el que solo la mantienen ya unida los débiles lazos de un vasallage dudoso. El famoso Tzerni-George echó á principios de este siglo los cimientos de su independencia, fortalecidos despues de su muerte por el príncipe Milosch, desterrado á su vez, á pesar de los servicios que ha prestado á su pais. He tenido ocasion de ver en Viena á este hombre tan notable, de ingenio despejado, aunque sin instruccion, y de gran firmeza de carácter. Es evidente que ya no era un mero vasallo cuando recibia en Constantinopla la investidura de la Puerta, con el derecho hereditario en su familia é inmunidades casi iguales á las de las testas coronadas. Siendo cristiano, gobernaba poblaciones cristianas; primer egempleado de ello en Turquía, donde la raza musulmana no habia cesado hasta entonces de ejercer los privilegios de vencedora sobre todas las castas de *rayas*. Despues los musulmanes han visto írseles de entre las manos la Grecia, así como la Moldavia y la Valaquia se habian ido de entre las de sus padres. Bien merece fijar toda nuestra atencion el principio de la nueva era que desde este momento comenzó para el estado social de la Turquía.

En menos de treinta años se ha verificado esta mudanza radical en la constitucion del imperio otomano. Digo que esta mudanza es radical, porque ha sido el origen de las otras y el preludio natural de todas las reformas intentadas con mejor ó peor éxito en estos últimos tiempos. Conviene por tanto fijar un momento la atencion sobre los principales acontecimientos

que de aquí se han originado, y que á mi parecer deben influir de una manera decisiva sobre el desarrollo de la civilización en la Turquía europea. La verdadera causa de la incompatibilidad de las dos razas era la intolerancia religiosa de los turcos, que no les permitia contraer alianza de ningun género con los cristianos, ni considerarlos como sus iguales ante la ley. De aquí, como nadie ignora, la escandalosa parcialidad de la justicia musulmana, las contribuciones impuestas sobre una casta, los privilegios y la impunidad otorgados á la otra. Un simple tratado ha bastado para echar por tierra los restos de la dominacion musulmana, y los habitantes de la Servia gozan hoy dia de las mismas garantías que los súbditos del Austria y de la Rusia. Tienen una completa libertad de culto, una administracion central y local enteramente cristianas, un pequeño egército perfectamente disciplinado, numerosas milicias, escuelas nacientes, y aun el régimen penitenciario arreglado al duro sistema celulario. Los correos, la imprenta, los periódicos, todo se ha improvisado entre ellos, quizá con harta precipitacion para quienes no están acostumbrados á manejar estos temibles instrumentos. Al mismo tiempo el príncipe Milosch, que fue su primera víctima, abria caminos al traves de los bosques, echaba puentes ó barcas sobre los ríos, establecia la cuarentena en la frontera, erigia hospitales en las ciudades, y fundaba una multitud de instituciones útiles.

Pocas cosas son tan dignas de escitar la atención del legislador como el movimiento progresivo de este pequeño estado, no ha mucho sujetó á las leyes musulmanas, bajo la influencia de sus libertades nacidas de la conquista de su independencia. Los habitantes de la Servia, aunque todavía conservan profundas huellas del gobierno turco, tienen ya su fisonomía particular y una vitalidad propia, capaz no solo de resistir sino de acometer.

En ninguna otra parte he visto mayor susceptibilidad nacional, mayor severidad en la ejecución de las leyes sanitarias, ni mayor vigilancia con los viageros. No parecía sino que exageraban de intento las trabas de la civilización, á fin de parecer mas文明ados. Pero en el fondo de estos ensayos prematuros se descubren tan sinceros deseos, tan honrosas inclinaciones, y el germen de tan verdaderas mejoras, que la Servia puede ser mirada como una provincia cristiana, mas bien que como una dependencia de la Turquía. Parece que trata de ensayar en sí misma un nuevo sistema social para ejemplo

de las otras poblaciones cristianas del Oriente. La riqueza de sus campiñas ha ganado ya algo en esta generosa iniciativa, ó mas bien, en esta santa iniciacion de un pueblo entero en sus nuevos destinos. En ellas reina mayor animacion y vida que en los solitarios y desolados campos de la Turquía. Innumerables rebaños de bueyes, de carneros, y sobre todo de cerdos, contribuyen al bienestar y aun á la fortuna de los habitantes. Con dificultad se podrá hallar una comarca en la que la naturaleza haya derramado tan á manos llenas sus dones, en la que se ostente tal variedad de paisages, que disfrute de tan ventajosa mezcla de bosques y tierras de labor, y que pueda aprovechar tan abundantes riegos. No citaré sino el delicioso valle del Ipek, tan mal indicado en las cartas, y que bien puede entrar en competencia con el Limagne (1) y el Gresivaudan (2).

Proponiéndome dar una idea exacta del estado social de esta importante desmembracion de la Turquía europea, creo indispensable referir la gran parte que las mugeres, y particularmente la princesa Lioubitza, esposa del príncipe Milosch, han tenido en todos los movimientos que la han preparado. Es necesario haber visto de cerca la insolencia de los turcos (tan respetuosos habitualmente con las mugeres de su religion) con las cristianas, para comprender el implacable resentimiento de las damas de la Servia contra los musulmanes, á quienes llaman tiranos de Harem. Así es que las mugeres se distinguieron constantemente por su esfuerzo y valentía en las guerras de la independencia bajo Tzerni-George y Milosch. La princesa Lioubitza montaba á caballo para tomar parte en los combates, y mas de una vez reanimó á los valientes abatidos en momentos de critico peligro. Figuraos, señores, una dama de 50 años al parecer, de marcial continente, cubierta su cabeza de cabello gris desordenado, vestida con una sencilla túnica, obra de sus manos, y ostentando una frente espaciosa y surcada por numerosas arrugas; tal era la princesa de Servia cuando me dispensó el honor de recibirme en su palacio de madera: en su conversacion mezclaba á las preguntas que me dirigia las narraciones

(1) Antiguo país de Francia en el norte de la baja Auvernia. Era célebre por su fertilidad, sus amenos paisages y su numerosa población. En el dia forma una parte del norte del departamento del Puy-de-Dôme.

(2) Valle muy estenso por el cual corre el Isere desde su entrada en Francia hasta su confluencia con el Drac, mas abajo de Grenoble. (Notas del Trad.)

mas pintorescas, en las que se dejaba ver su gran solicitud por la suerte de las mugeres cristianas condenadas á vivir bajo las leyes musulmanas. No me es posible esplicar como quisiera cuánto sentí: pero quedé firmemente convencido de que el cristianismo es bien poderoso en los paises en que produce y sostiene tan grandes caracteres. Tales encuentros me parece que son una verdadera revelacion para los hombres pensadores.

La superioridad del nuevo régimen establecido en la Servia se manifiesta de una manera aun mas evidente cuando se entra en la Turquía, sometida directamente á la autoridad del sultán. Verificase esta entrada atravesando el Timok afluente del Danubio, en una chalupa de un tronco de árbol ahuecado al estilo de los salvajes. Se desembarca en medio del fango, y el único medio de trasporte hasta la ciudad de Vidin situada á diez leguas de distancia y con una poblacion de veinte mil almas, consiste en una carreta con cuatro ruedas de una sola pieza cada una, y tirada por bueyes como en las edades heroicas. Tal es la diligencia otomana que se arrastra por las márgenes del Danubio, sin que los vapores de la compañía austriaca que navegan por este, despierten en lo mas mínimo á los turcos del letargo en que pierden su ardor y su nacionalidad. En tan estraño carroaje tuve que hacer mi viage á Vidin donde á la sazon mandaba el visir Hussein, famoso por el esterminio de los genízaros y por el lujo casi real de su casa, la mas sumptuosa del Oriente. Me es imposible pintar á la academia las penosas sensaciones que oprimen el alma del viagero al atravesar la magnífica llanura del Danubio, tan fértil como la del Ródano en las cercanías de Aviñón, y en la que sin embargo reina una profunda soledad. Solo se descubren algunas bandas errantes de gitanos medio desnudos y algunos escasos rebaños de carneros y de bueyes. Una poblacion pálida y macilenta, unos niños desnudos y marchitos en su tierna edad, unas mugeres cuya fisonomía lleva impreso el sello del sufrimiento, habitan mezclados con los perros y los ganados en miserables chozas de mimbre y barro. Tropiézase á veces con señales de viñas arrancadas ó con restos de huertas abandonadas; pero en toda la comarca solo crecen ahora malezas y yerbas silvestres. En aquella inmensa llanura no he visto un solo campo de trigo, ni de patatas, ni mas vestigio de cultivo que algunas plantas de maíz.

La ciudad de Vidin, residencia del pacha, es la digna capital de este desierto. Fórmala un desordenado conjunto de casas de madera, cuyas mal unidas tablas apenas dejan penetrar

el aire y la claridad en su lóbrego interior. Las calles no tienen regularidad alguna. Las aguas echadizas forman charcos fétidos con los despojos de animales y las inmundicias de toda especie. Los carniceros, de que hay gran número, degüellan las reses á las puertas de sus casas dejando correr la sangre á unos grandes hoyos cavados en la calle, donde se corrompe esparciendo á larga distancia un olor mefítico. Muchas veces se encuentran perros, gatos, caballos y aun bueyes muertos, en medio de las calles, que no podrían habitarse á no ser por las bandadas de buitres, águilas y cuervos que andan siempre en acecho de estas presas. En algunas comarcas de la Turquía se cuentan á millares estas aves carníceras que llegan á familiarizarse con el hombre. Para colmo de insalubridad, la mayor parte de las calles están cubiertas de ramages ó tablados que obstruyen la luz como en los bazares, bien conocidos en todo el Oriente por sus exhalaciones pestilenciales. Jamás se barren estas calles públicas, y hasta en la misma Andrinópolis, ciudad de cien mil almas, he encontrado montones de basura que cuentan mas de veinte años de fecha, y que embarazan el paso, obligando á dar un rodeo aun á los que van á caballo. Tal es el aspecto de las ciudades turcas, felizmente sembradas de árboles, adornadas con fuentes y ventiladas por grandes trechos sin casas, con lo que se neutralizan los efectos deletéreos de la incuria municipal. Para completar el cuadro de Vidin deben añadirse las dos grandes horcas levantadas delante de la ciudadela como símbolo de la justicia del visir.

Luego que supo Hussein mi llegada y mi calidad de francés, me envió al punto un oficial de su casa, con orden de trasladar á palacio mi equipaje, y de conducirme á él atravesando los cuarteles mas populoso de la ciudad. Salió él mismo á recibirme cordialmente á lo alto de la escalera, y despues de haber examinado con curiosidad la escarapela nacional que llevaba en el sombrero, me dirigió una multitud de preguntas que atestiguaban el vivo interés que tomaba en las grandes cuestiones europeas. Hussein es un anciano de 68 años, de corpulencia extraordinaria y de fisonomía dulce y altiva. No dejará de sorprender á todos el saber, que el temible estermidor de los genízaro se ha convertido en un especulador de primer orden, en un verdadero monopolista, á la manera del pacha de Egipto, y que se cuida mas de tarifas de aduanas que de combates y de administracion. Poseedor de una renta evaluada en dos millones de francos, emplea sus grandes capi-

tales en operaciones gigantescas. Compra por mayor los trigos de la Valaquia, las lanas de la Crimea, los aceites de la Macedonia, para venderlos por menor. En las llanuras de Vidin y de la Tracia tiene una casa de monta y yeguada de quinientas cabezas. Mil y cuatrocientos dependientes muy bien pagados apenas pueden atender á sus negocios comerciales. Omito hablar de sus treinta mugeres, lujo bien extraño en su edad, y de todas las dependencias de su serrallo, que rivaliza con el del sultan. Es un fenómeno digno de la atención de los economistas la existencia de esta fortuna colosal en el seno de la mas horrible miseria, y el ascendiente ejercido á favor de unos capitales que bastarian para vivificar la provincia, con cuyos esquilmos se han allegado.

La mayor parte de mis conversaciones con Hussein versaron con preferencia sobre puntos de economía política, y jamás hubiera podido figurarme hallar en él un partidario tan decidido de la libertad de comercio. Atacaba nuestras tarifas del modo mas original é ingenioso. »Nuestros paises están muy distantes, me decia, y por mucho tiempo he creido que esta larga distancia era la causa de hacer tan pocos negocios entre sí; mas parece que, gracias á las aduanas, no haceis muchos mas con vuestros vecinos. ¿A quién vendéis, pues, lo que producís? Por mi parte os compraría muchas cosas, si me permitieseis daros en cambio las que nosotros producimos aquí: pero al parecer nada os falta; y veo que debeis ser muy felices los franceses." No lo era yo poco en hallar tal sostenedor de mis doctrinas en las márgenes del Danubio, y dejo á la meditacion de los defensores del sistema restrictivo las sencillísimas observaciones del pacha de Vidin. Al paso con que adelantan estas cuestiones entre nosotros, no seria extraño que la libertad de comercio nos viniese del pais de los búlgaros.

Dejé, no sin pesar, al economista visir para ir á Nissa, foco de los acontecimientos de que acababa de ser teatro la Turquía. Toda la tierra comprendida entre el valle del Danubio y el de la Nissara está completamente equivocada en las cartas. Es en efecto cosa que sorprende el que la importante linea que recorriendo la frontera de la Servia la separa de la Turquía, sea tan poco conocida que se la designe en las cartas como una travesía de siete ó ocho horas, cuando he necesitado cinco dias de marchas forzadas para andarla. La ciudad de Belgrachik,

situada en el punto culminante de esta línea, merece ser visitada por los geólogos y pintores, por el carácter especial y pintoresco del terreno en que está situada. Es uno de los paisages mas grandiosos que he visto en mi vida. En el fondo de aquellas gargantas salvajes he descubierto siete ó ocho grandes aldeas ocultas como los nidos en un bosque impenetrable. Todas se componian de familias cristianas: despues encontramos otras habitadas tambien esclusivamente por cristianos, de suerte que llegué á creerme fuera de la Turquía. En Europa se ignora que toda la Bulgaria es cristiana, y que la raza turca se halla acampada en ella á manera de guarnicion en país conquistado.

Tampoco se tiene idea del varonil vigor de las poblaciones cristianas, ni de la belleza de los países que habitan. No hallo palabras con que poder describir exactamente la hoyo en cuyo centro se descubre la ciudad de Nissa, tan agradable de lejos y tan fétida de cerca como todas las ciudades turcas. En ningun parage de Europa ha desplegado la naturaleza tan gran magnificencia: en ninguna parte la casualidad ó la mano de los hombres ha sembrado los árboles con mas gracia y armonía para embellecer un paisage: brillan por la viveza de sus colores como las estrellas en el firmamento.

Pero en estos bellos lugares tiene su morada la mas horrosa miseria. A la vista de un soldado ¡y qué soldados! todo el mundo calla ó se oculta; las mugeres sobre todo huyen, como si de continuo se viesen amenazados su honor ó su modestia. Apenas hube bajado de las últimas laderas del Balkan á la llanura, es decir, á la verdadera Turquía, tuve que comenzar á luchar con la gente de mi escolta. Se arrojaban como vencedores en un dia de asalto sobre las gallinas de mis huéspedes, y entraban á saco sus moradas pillando cuanto les convenia. Los cristianos los sufren con una estoica resignacion, como se sufre en un mal clima el rigor de las estaciones; pero bien se deja ver que soportan en silencio su amargura con la esperanza de dias mejores, dias que ya empiezan á columbrar. ¡Con qué patrióticos suspiros nos abrian su corazon aquellos valientes cuando llegaban á asegurarse bien de que éramos cristianos! ¡con qué interés nos preguntaban acerca de nuestros usos religiosos, de nuestras iglesias y de nuestros sacerdotes! ¡con qué embelleso oian la relacion de las ceremonias religiosas de nuestros bautismos, de nuestros matrimonios y de nuestros entierros! ¡qué elocuencia tan expresiva encerraban sus miradas! ¡qué profunda significacion sus menores palabras!

Antes de entrar en la ciudad ofrecióse á mi vista un horrible monumento, que caracteriza tristemente el estado social del pais. Hablo de la famosa pirámide cuadrangular truncada, en la que se ven incrustados tres ó cuatro mil cráneos de los cristianos de la Servia que sucumbieron en 1816 en un combate contra los turcos, cuyo fanatismo musulman ha levantado á las puertas de Nissa este bárbaro trofeo. En las inmediaciones se descubrian, contrastando con el delicioso aspecto de la llanura, muchas villas y aldeas (aunque felizmente no tantas como en Francia se creía) devastadas, que daban testimonio del paso de las bandas albanesas, mas temibles que la peste, y mas difíciles quizá de estirpar del suelo de la Turquía. En los paises civilizados apenas podemos figurarnos la existencia de estas bandas que son por decirlo así la expresion de todos los azotes que afligen á la humanidad; porque no podemos concebir poblaciones enteras constituidas sistemáticamente para el pillage, y sin otro medio de vivir que el robo á mano armada ejercitado en una grande escala. Tales son las hordas albanesas que el gobierno de la Puerta no ha podido reducir aun á la obediencia, y que esparcidas por una gran parte de su territorio, solo han podido ser contenidas hasta ahora, entregándoles, por decirlo así, á discrecion, las familias cristianas. Esta escoria de la humanidad no conoce desde su infancia otra industria que el ejercitarse en el manejo de las armas. Sus instrumentos de produccion son el puñal, el fusil y la pistola. Para ella, todo cristiano es una presa legítima, natural, hereditaria. Los albaneses tienen *rayas* á quienes robar, así como nuestros labradores tienen campos que esplotar. Cuando yo les presentaba alguna vez, para contener su insolencia, el firman del gran-señor, me respondian irónicamente: »El sultan manda en su casa y nosotros en la nuestra.”

Tal es el estado real de la Turquía europea en este momento. Hay dos poblaciones cara á cara: la poblacion cristiana que se adelanta hacia un nuevo destino con la fuerza magestuosa é irresistible de la marea creciente; y la poblacion turca que se esfuerza en vano como las rocas esparcidas por una playa, en contener su flujo. Los cristianos en efecto son muy antiguos en Turquía, pues datan de Bizancio y de la caida del imperio romano; y no parece sino que los mismos musulmanes se han esmerado en multiplicarlos, exceptuandolos como infieles del servicio militar, que agota hoy dia los últimos restos de vigor de la raza turca. La mano de la Providencia se descubre en

esta cruel persecucion que dura desde la toma de Constantino-pla, y á pesar de la cual se conserva intacta por espacio de cuatro siglos, toda la familia cristiana del Oriente. Basta contemplar á las dos razas frente á frente, contar su número y leer en sus ojos, para conocer qué se preparan grandes acontecimientos, y que la Europa cristiana debe procurar que no la sorprendan desapercibida.

¿ Demanda alguien pruebas de esto ? Véalas aquí. Las tropas turcas, compuestas esclusivamente de musulmanes, no son sino una reunion forzada de tuertos, jorobados, cojos y lisiados. Desde la supresion de los genízaro-s, que al menos disfrutaban de la vida de familia, y no carecian, á pesar de su fanatismo, de virtudes domésticas, las tropas regulares que les han sucedido no disfrutan ni aun de la vida de cuartel, sino mas bien de la vida de convento, excepto la austeridad y pureza de costumbres. Aquellos de entre estos innumerables celibatarios, á quienes la disciplina impide saciar á costa de las infelices mujeres cristianas unas pasiones mas imperiosas en el Oriente que en ningun otro pais, caen bien pronto en otros escucesos sin nombre, que los degradan y diezman á la vez. Me es imposible esponer aquí, por mas que quisiera explicarme con el mayor recato, las consecuencias sociales de esta desmoralizacion profunda é incurable, peculiar de la raza turca. No la hubiera creido posible si no hubiera hallado por todas partes y á cada paso sus huellas lamentables, huellas fatales que indican que un pueblo va desapareciendo. ¿ Y qué diré tambien de otra señal funesta de la decadencia musulmana, del crimen horroroso que atenta contra la vida del hombre aun antes de nacer, y que se egerce en Turquía como profesion y con una habilidad infernal ? ¡ Estremeceria el presentar la estadística de estos homicidios que cada año disputan millares de criaturas al Criador ! ¡ Quién creeria que estos horrores son ordenados como expedientes regulares por hombres de corrompidos y duros corazones, que aunque no han leido á Malthus han adivinado sus doctrinas (1).

(1) Sentimos escuchar en boca de un hombre de tan sano juicio como Mr. Blanqui esta amarga ironía contra la doctrina de Malthus, acusándola de escucesos que jamás podrán encontrar en ella apoyo ni aun disulpa. Creemos que la teoría de Malthus acerca de la población descansa en solidísimas é incontestables bases, aunque él, y mas aun algunos de sus discípulos, hayan exagerado sus consecuencias. Nos complacemos en citar en

Así es como la raza turca disminuye visiblemente bajo la influencia del principio, religioso para ella, de la poligamia. Mas adelante espondré la influencia que este principio ha ejercido en el estado social de la muger: por ahora es evidente la que ha ejercido en el del hombre. Aunque el musulman usa de la poligamia con mas sobriedad de lo que se cree en Europa, sin embargo le paga un tributo bien amargo con solo conservarla como principio. Humillando á la muger se humilla á sí propio; y se arruina por querer arruinarla. La poligamia en Oriente siempre lleva tras sí el triste séquito que acabo de describir. La raza de los turcos se extinguiría en la Turquía, si por espacio de 25 años continuasen reinando en ella estos vicios con la horrible intensidad que han adquirido desde el advenimiento de Mahmoud. No me es lícito decir mas, porque el miramiento por la pureza de las costumbres de mi país me obliga á correr un espeso velo sobre estas miserias de la humanidad. Pero no por eso debo callar la verdad histórica, á saber, que tales síntomas anuncian que es llegada la hora posteriora.

Por otro lado la raza cristiana se alza llena de gloria del seno de la persecución religiosa y política, é inspira al reflexivo viagero una dulce esperanza. Siempre he contemplado con respeto y emoción la castidad sentada al hogar de las poblaciones búlgaras, especialmente las de raza eslava; ¡espectáculo digno de admiración! Las desgracias que por tanto tiempo han pesado sobre ellas las han purificado. La constancia de los ánimos ha adquirido nueva firmeza, por las rudas pruebas á que los ha sometido el islamismo triunfante. Las afecciones domésticas se han fortificado en el santuario, sin cesar amenazado, de la familia. Allí es donde se encuentran intactas ciertas virtudes que se debilitan en nuestros países de libertad precóz y de emancipación peligrosa: la piedad filial, el respeto á las mugeres, la fidelidad conyugal, la dignidad paternal. Y causa también una dulce satisfacción el ver la recompensa de estas virtudes en el robusto vigor de los aldeanos búlgaros, en la salud de que gozan sus hijos, y en su modesta felicidad, bien se hallen aliviados del peso de la opresión turca, ó bien residan en las co-

apoyo de nuestro sentir al célebre Mr. Rossi (*Cours d'Economie politique* tome premier, leçons 19, 20, 21) bien conocido por la sensatez de sus doctrinas, y á quien no podrá echársele en cara el adoptar teorías que conduzcan al materialismo y á la inmoralidad. (Nota del Trad.)

marcas desoladas por la tiranía de los pachas ó por las rapiñas de las bandas albanesas. Algunas veces he asistido, por ejemplo en Tatar-Bazardschik, á las oficios divinos celebrados en el pequeño número de iglesias que la susceptibilidad musulmana permite á los cristianos frecuentar los domingos, y á no ser por algunos turcos que se dejaban ver por las inmediaciones del edificio, hubiera podido creerme en algun templo de Alemania ó en alguna parroquia de Hungría, al ver la varonil estatura de los hombres y la modesta vivacidad de las mugeres.

Siento no poder entrar en consideraciones de otro género, que han sido el fruto de mis muchas conferencias ya con los pachas, ya con los arzobispos búlgaros. Pero es un punto de honra el no comprometer, ni aun en beneficio de la ciencia, á tantos hombres respetables como han roto conmigo el silencio que á unos imponía la política y á otros la prudencia. Me veo privado del placer de tributarles la justicia que les es debida, pero no quiero dejar de decir, cuánto sería de desechar que estos hombres pudiesen entenderse entre sí, para ahorrar al imperio otomano las dolorosas sacudidas que tarde ó temprano ha de acarrear una separación violenta entre las dos razas. Aun es tiempo de lograr este objeto, á pesar de las profundas llagas que afligen á la Turquía. Los pachas ilustrados y aun los meramente *cuerdos viven en buena inteligencia con el clero cristiano*; pero generalmente domina la ignorancia en una y otra parte. Los cristianos solo piden en la actualidad seguridad para las personas y haciendas, y algunas garantías para el honor de las familias. Si se les otorgase esta demanda pronta y sinceramente, aun se podría conjurar por largo tiempo la tormenta que está próxima á estallar. Si estalla antes de tiempo, los cristianos indígenas no estarán bien apercibidos: ¡ojalá lo esté la Europa, y llegue á convencerse de que la solución de este gran problema no es asunto que interesa á una sola nación, sino á todas!

Felizmente, este concierto general, tan difícil en política, se va realizando poco á poco, aun sin echarlo de ver los estados que concurren á él. Cada dia el vapor facilita la tarea de la diplomacia. La Turquía es atravesada en todas direcciones por las líneas de la navegación francesa, austriaca, inglesa y rusa. La compañía de barcos del Danubio ha tomado un incremento tan considerable, que en algunas ocasiones es muy difícil hallar pasaje en ellos. Los paquebotes franceses no solo trasportan á nuestros viageros, sino á millares de peregrinos

musulmanes que van ó vienen de la Meca por Alejandría. Entre Odessa y el Bósforo hay establecida una comunicacion regular. En fin, la ciudad de Trebisonda, que es la llave de la Persia y de la que antes solo salian en malos barcos de vela 50 ó 60 pasajeros para Constantinopla, envia ahora por los paquebotes del Lloyd austriaco de 700 á 800 cada semana; y en la punta del serrallo encontré uno de estos buques tan cargado de gente, que habian tenido que hacer en pie la travesía los apiñados viageros. Es imposible que la Turquía resista por mucho tiempo á esta invasion de la civilizacion que por todas partes la acomete. Los laudables esfuerzos de su gobierno para conjurar la peste, y que en efecto la han preservado de ella por espacio de cuatro años, no dejarán de contribuir mucho al establecimiento de empresas europeas, sobre todo cuando el abusivo régimen de las cuarentenas haya quedado reducido á unos límites razonables.

Me limitaré por hoy á las reflexiones que preceden; pero la cuestion social que se agita en la Turquía europea es demasiado grave y merece ser estudiada con mas detencion. La novedad de los hechos que he de examinar en este estudio, me excusará si soy algo mas difuso de lo que desearia. En los artículos siguientes examinaré la organizacion actual de la administracion turca y el sistema financiero del imperio, así como las rentas de que puede disponer el gobierno, el verdadero estado de su industria y comercio, el carácter é influencia del poder religioso, la condicion social de la muger, y las probabilidades de regeneracion ó de decadencia que á mi ver resulten de todos estos elementos particulares de la nacionalidad turca.—*Blanqui.—JOURNAL DES ECONOMISTES.—Janvier 1842.*

A. R. de C.

¡Cuidado con las apariencias!

TRADUCCION LIBRE.

Hay algunos hombres que ya sea por su torpeza, ya por predestinacion, viven condenados á incurrir en todo género de desaciertos, á sufrir toda suerte de desgracias. Basta que uno de estos seres predilectos de la desdicha se interese en un asun-

to, para obtener un mal resultado; basta que se asocie con el hombre de mejor suerte, para que esta le niegue sus favores, cual si se enojase de verle unido al que aborrece.

Constante la mala fortuna en azotar á sus elegidos, aun en las mas insignificantes acciones de la vida, se complace en contradecir sus deseos y en colocarlos en las situaciones mas ásperas y embarazosas; y si alguna vez parece que concede alguna tregua á su persecucion, si alguna vez deja probar á sus hijos-tros, por decirlo así, una gota de miel; es para darles una idea de la felicidad, y hacerles sentir mas despues la amargura de un nuevo golpe; á la manera que el gato deja un momento en libertad al ratoncillo que tiene entre sus uñas, y cuando el pobre animalejo cree salvarse, de nuevo se arroja sobre él con relucientes ojos y afiladas garras.

Entre los hombres de esta especie, que yo he conocido, se distingue sir Carlos Smitner por su constante mala fortuna. Su carácter, y aun su semblante, era de otra especie que la generalidad de los ingleses sus compatriotas: era moreno de rostro, y tenia los ojos y el pelo negros; una vivacidad excesiva, y un esterior de dulzura, daban á conocer un corazon franco y noble; y una disposicion al bullicio y alegría.

Si no temiera cansar la paciencia de mis lectores, les referiria su historia, que he oido de su boca, pero aunque llena de sucesos curiosos, no pasan de ser una cadena de desgracias parecidas unas á otras; y yo sé que mis lectores gustan de la novedad. Oigamos, pues, á él mismo referir una de sus mas divertidas aventuras.

Yo estaba, me dijo, en la fonda de los *Tres Suizos* en Coblenz. Despues de un desayuno frugal, sazonado con un vino escelente, volví los ojos hacia el Rhin para admirar la gigantesca fortaleza d'Ehrenbreitstein, que se eleva magestuosamente á la otra parte del rio. Me encontraba perfectamente, rellanado en un sillón, saboreando el perfumado vino de Hochheim, y teniendo á la vista una perspectiva hermosísima; me encontraba perfectamente, repito, y sin embargo yo no sé qué genio enemigo me inspiró el deseo de visitar el interior de aquel gran monumento del genio militar. Atravesé el puente de barcas, y en un momento me encontré en la puerta esterior de la ciudadela, donde interpelé en mal aleman al centinela, el cual, con el laconismo de todos los centinelas, me respondió que no se podia entrar. Revestime yo entonces de ese aire de importancia, que ningun ingles abandona cuando sale de su

patria; insistí llamándome ciudadano de la Gran-Bretaña, y saqué mi pasaporte para acreditar mis palabras. El soldado pareció convencido, y me dejó pasar, encaminándose á una pequeña puerta que se veía á la otra parte del puente levadizo. Llegué á ella, y el segundo centinela me introdujo en el cuerpo de guardia, dirigiéndome al sargento; á quien hice entender mi deseo de visitar el interior de la fortaleza, y abriendo mi cartera puse ante sus ojos mi pasaporte, ofreciéndole al mismo tiempo, en presencia de sus camaradas, algunas monedas para que me sirviese de guia; pero mi generosidad pareció ofender al sargento, pues me contestó bruscamente, y aunque no entendía la mitad de lo que me dijo, comprendí me acusaba de haber pretendido sobornarle, y de haber usado sin duda del mismo recurso para ganar al primer centinela. La vivacidad de sus apóstrofes llamó la atención de dos ó tres oficiales, y una señora, elegantemente vestida, á quienes sin duda divertía demasiado esta escena, para que mi amor propio consintiese prolongarla; y así determiné repasar el puente levadizo, y bajar á la márgen del río. Paseábame á lo largo del Rhin, por una alameda, cuya apacible sombra y agradable frescura convidaba á dulces meditaciones. Aunque aquel sitio estaba destinado al recreo del público, en aquel momento no había otra persona que yo. Senteme, pues, sobre un banco de césped, protegido por el ramage de un antiguo nogal, cuya sombra y suave murmullo, en tan amable soledad, me inspiraron un sueño apacible, á que me rendí gustoso, reclinándome sobre el tronco de aquel árbol.

No sé si habría dormido mucho tiempo, cuando me despertó el ruido de unos pasos ligeros que se dirigían hacia el nogal: miré y vi una hermosa joven vestida con elegancia, que se paseaba con inquietud por delante de mí, aunque á alguna distancia. A la primera mirada reconocí en ella la misma señora que no había podido contener una sonrisa en el momento de mi precipitada salida d'Ehrenbreitstein. Era hermosa: á un talle esbelto, á una figura llena de nobleza, unía una gracia indecible en todos sus movimientos.

¿Me había ella reconocido también? Ello es que me miraba con visible embarazo, y adonde quiera que dirigía los pasos, volvía la cabeza hacia mí. Poco á poco fue estrechándose el círculo de su paseo al rededor de mí: cuanto más se acercaba,

me miraba con mas ansiedad, y al mismo tiempo se cubrian sus megiillas de un bello rubor, que me causó tal emocion, que con labio balbucente le dirigí algunas palabras en aleman.

El demonio de la vanidad, que domina el corazon de todos los hijos de Adan, produjo en este momento todo su efecto sobre el mio, persuadiéndome era posible que aquella muger hubiese encontrado en mi figura alguna cosa agradable, que la trajese hacia mí. Para hacer justicia á mi bella desconocida, debo decir que si su conducta me parecia equívoca, no hallaba sin embargo en ella ni ligereza ni coquetería.

Su paseo duró como media hora, hasta que al fin cediendo á una agitacion interior, que cada vez se hacia mas visible, se acercó á mi banco con paso resuelto, y sin hablar una palabra se sentó á mi lado.

Entonces llegué á creer que estaba soñando aun, y por temor de despertar, no osé volver la cabeza siquiera. Mi corazon palpitaba azorado, y con una ansiedad desconocida esperaba yo el desenlace de aquella aventura, no atreviéndome siquiera á volver los ojos, fascinado no sé de qué sensaciones. En este momento sentí gravitar sobre mi costado un peso suave, y la dulce presion de un brazo femenino que rodeaba mi cintura. Fuera de mí, y en el último grado de exaltacion, volvime hacia la amable beldad, y la dije con la mayor ternura.

—¡Oh vos, quien quiera que seais, ángel ó muger! ¡por piedad!.... ¡no me eleveis al colmo de la ventura, para desaparecer luego, sumergiéndome en el fondo de la desdicha!....

La frente y las megiillas de la jóven se cubrieron de viva escarlata, y retiró el brazo, procurando ocultar con su linda mano (en cuyo dedo pequeño lucia una esmeralda) un papel que acababa de tomar del tronco del nogal: levantóse, y haciéndome una ligera reverencia, acompañada de una sonrisa que tenia algo de burlona, desapareció con la celeridad de un rayo.

Todo esto pasó con tanta rapidez, que ya habia desaparecido la desconocida, y yo aun no sabia lo que me pasaba.

Confuso y mortificado me dejó tan estraña aventura; y en realidad no era el lance para menos; y si no respóndame ingenuamente el hombre mas modesto, menos presuntuoso del mundo, ¿consentirá con gusto en servir de risa á una muger jóven y hermosa? Tal era, pues, la suerte que yo habia corrido dos veces en un solo dia; y de la segunda no podia acu-

sar sino á mi propia torpeza, de haber aventurado una declaración desollando la gramática alemana.

La noche se acercaba, y terminando yo mis desagradables reflexiones, me dirigí hacia mi alojamiento, resolviendo desechar toda idea de despecho y enemistad, con el firme propósito de renunciar para siempre á la galantería.

Cuando entré en el comedor iba á servirse la cena, y varios oficiales estaban sentados á la mesa. Tomé asiento en la estrechez, entre dos militares que vestían el uniforme del regimiento que daba la guarnición á la fortaleza. Reinaba en la sociedad una alegría contagiosa, si así puede decirse: las risas circulaban rápidamente al rededor de la mesa, y una conversación en francés, franca y animada, invitaba á tomar parte á todos los circunstantes.

Mal escarmiento de mis contratiempos del día, y olvidando todos mis propósitos, me dejé llevar del impulso de un excelente vino de Rudesheim, y tomé parte en la conversación con aquella vivacidad e inconsecuencia de un hombre que está destinado á decir algún disparate. Animado por la curiosidad, me dirigí á un coronel que tenía al lado, y suponiendo debía conocer á todos los habitantes d'Ehrenbreitstein y las principales familias de Coblenz, le pregunté si sabía quién era una joven hermosa que llevaba un chal y un sombrerito de color de rosa.

—Muy vagas son esas señas, me respondió el coronel, en un país donde se encuentran tantas mugeres hermosas, y tantos sombreritos de color de rosa.... ¿no podreis darme otras señales mas precisas?

—Sí por cierto, continué yo: sus cabellos blondos caen en grandes bucles sobre un cuello de alabastro: sus ojos son azules: tiene una ligera cicatriz en la mejilla derecha; talle esbelto; aire distinguido.... y yo tengo mis motivos para creer que debe ser conocida en Ehrenbreitstein.

—¡Conocida en Ehrenbreitstein! repitió el coronel con tono lento y reflexivo.

—Sí, coronel: las señas que os he dado son exactas: la reconocería entre mil mugeres. ¡Una sonrisa encantadora! ¡un cútis fino! ¡un brazo blanco y torneado! ¡una mano tierna y delicada!

—¡Una mano tierna!.... ¡un cútis fino!.... murmuró el coronel frunciendo las cejas.

—¡Oh coronel! yo he tenido ocasión de ver de cerca algu-

nas lindas manos; pero jamás de un tacto tan delicado. Ciertamente no necesitaba el adorno de la gruesa esmeralda que llevaba en el dedo pequeño.

—¡Una esmeralda! dijo el oficial con seriedad... y añadió despues de un momento de silencio: ¿Y qué motivos teneis para creer que esa joven debe ser conocida en Ehrenbreitstein?

—Nada mas sencillo, señor coronel, es que yo la he visto allí despues de mediodia.

—¡Oh! ¡oh! exclamó el coronel con impaciencia: hacedme el gusto de referirme los detalles de esa aventura, en la cual, segun parece, habeis desempeñado un brillante papel cerca de la amable desconocida.

—Perdonadme, le respondí con aire de importancia; pero las leyes secretas de la galantería, reconocidas en todo el mundo, me obligan á:::

—¡Vamos, vamos, exclamaron algunos convidados que habían atendido á nuestra conversacion, fuera ceremonias, fuera secretos entre camaradas!

Esta interrupcion no gustó mucho al coronel que frunció otra vez las cejas. El vino había soltado mi lengua; y como yo no había formado una alta idea de mi bella desconocida, cometí la torpeza de continuar la conversacion en el mismo tono.

—Señores, escuchadme.... todas las mugeres del mundo están dotadas de las mismas virtudes, de los mismos sentimientos.... no, yo no puedo hacer traicion á mi secreto.... todo lo que os puedo decir es que esta tarde, en un jardin solitario, á la otra parte del Rhin, á la sombra de un nogal.... pero

—¿qué teneis, coronel? ¿conoceis acaso á mi bella desconocida?

—¡Caballero, me respondió el oficial con una agitacion que apenas le permitia respirar, yo creo.... esa desconocida.... es madama Lensdorff, mi esposa!

A esta respuesta imprevista, sentí un calor escesivo, y un abundante sudor bañó todos mis miembros; nadie de la sociedad manifestó deseo de que continuase la relacion de mi aventura; y á la risa que mostraban un momento antes todos los semblantes, substituyó la impasible gravedad alemana. Cuando se levantó la mesa, y vi que el coronel estaba en un ángulo de la pieza, hablando en voz baja con otro oficial, no pude menos de experimentar cierta vergüenza y arrepentimiento de mi ligereza. Iba á salir cuando el oficial con quien había hablado el coronel, se llegó á mí, y me dijo al oido:

—Despues de lo que acaba de suceder públicamente, me

parece no os negareis á dar mañana al amanecer una esplicacion á mi amigo.

Subí á mi cuarto penetrado de un vivo disgusto. Por mi torpeza me habia enredado en una querella con un estraño, á causa de una muger acerca de la cual nada sabia yo. ¿Cómo salir de este apuro? Jamás habia yo ambitionado el glorioso nombre de pendenciero y espadachin: nunea habia tenido deseo de recibir una bala en la cabeza, ó una estocada en el corazon. ¿Podria el coronel contentarse con una media esplicacion y una palabra de honor, herido como estaba en lo mas vivo de su honra?.... ciertamente que no.... No dejaria de exigirme la relacion circunstanciada de mi célebre aventura del jardin; y cualquiera que fuese la opinion que yo habia formado del carácter de madama Lensdorff ¿podria, sin faltar al honor, descubrir á su esposo lo que habia visto, su paseo solitario por el jardin, su correspondencia secreta? Para colmo de embarazo, yo no tenia tiempo que perder: debia marchar al dia siguiente en el vapor de Mayance á Bade, donde me esperaba uno de los acontecimientos mas importantes de mi vida, cual era mi casamiento, que debia verificarse en aquella villa, á cuyas aguas habia ido mi prometida con su madre; las cuales me esperaban con la mayor impaciencia, pues algunos asuntos habian retardado mi salida de Coblenz mas de una semana.

Antes de acostarme abrí mi cartera para sacar el pasaporte, y me encontré la desagradable novedad de que me faltaban las letras de cambio que contenia. En vano revolví todos mis efectos, y todos los rincones del cuarto.... mis letras habian desaparecido, y me encontraba sin mas dinero que algunos florines.

¡Nuevo motivo de embarazo y de despecho! ¡Sin conocimientos en el pais; sin dinero!.... ¿qué hacer? Pasé la noche en la mayor desolacion, y aun no habia podido conciliar el sueño, cuando sentí en el rio el estruendo del vapor que debia trasladarme á Bade.

Aun no me habia vestido cuando un mozo me entró un billete escrito en frances: era de madama Lensdorff, que en un estilo conciso y elegante me reprendia con indignacion el haber puesto en duda, ante un público, el honor y la opinion de una muger, sobre la cual nada sabia yo; y me conjuraba, en nombre de los sentimientos de honor de un ingles y de un hidalgo, á que nada dijese acerca de la carta recogida en el tronco del nogal.

Acababa de leer este billete, que me dejaba en una doble perplegidad, cuando un golpe dado á la puerta del cuarto me anunció una visita. Era el amigo del coronel, que tenía un bigote tan largo y tan poblado, cual no espero ver otro en mi vida. Sin el mas leve preámbulo me hizo presente el objeto de su visita; y despues de un momento de silencio, durante el cual me resolví á proceder franca y lealmente, le espuse la posicion embarazosa en que me ponía la necesidad de mi presencia en Bade. Pedí un plazo de algunos dias para hacer este viage; ofreciendo volver cuanto antes á dar al coronel las explicaciones que estaba en el derecho de exigirme. El oficial tuvo á bien consentir, en nombre de su amigo, invitándome á apresurar mi vuelta.

Continuando mi confianza, le manifesté la perdida de mis letras, poniéndole al mismo tiempo en las manos una joya de gran valor, y suplicándole se tomase la molestia de hacer las diligencias necesarias para proporcionarme, bajo la garantía de aquella alhaja, una cantidad de dinero igual á la que había perdido. Aceptó el encargo con la mayor amabilidad, y antes de una hora estaba yo en camino de Bade. Pero ¡cuál seria mi sorpresa al llegar á este punto, y encontrarme con la novedad de que mi futura familia había marchado el dia anterior, sin que se supiese adonde!

Volvime á Coblenz, en el último grado de abatimiento, y fui á parar á la misma fonda de los *Tres Suizos*, donde me reanimó en parte la agradable noticia que me dió el huésped: mis letras habían parecido; un sargento d'Ehrenbreitstein las había encontrado en su cuerpo de guardia, y habiendo visto anunciado en los periódicos que su propietario paraba en la fonda de los *Tres Suizos*, las había presentado despues de mi salida para Bade.

No era este mal principio; y mi huésped me anunció otra nueva mas agradable aun que el hallazgo de mis letras: dos señoritas habían venido á informarse de mi paradero, con mucho interés; y por la descripción que me hizo, conocí eran mis fugitivas de Bade. Sin tomar el mas ligero descanso, salí con intencion de recorrer todas las posadas de la ciudad, hasta encontrar á mi futura esposa. ¿Qué dirán mis compatriotas, los vencedores de Beyrouth y de Saint-Jean-d'Acre, si yo les confieso que me olvidé enteramente de buscar á nuestro militar de los grandes bigotes? Acelerando el paso, con el corazon abierto á las mas dulces esperanzas y á los mas dichosos pre-

sentimientos, no pensaba en otra cosa que en encontrar á mi Luisa.

Despues de haber recorrido algunas calles, vi dos señoras y un caballero que se dirigian hacia una posada. Al momento reconocí al coronel Lensdorff y su amable esposa.... y ¡justo cielo!.... ¡mi Luisa!.... Ellos no me vieron, y yo tuve tiempo de cerciorarme de que no me habian engañado mis ojos: su conversacion parecia animada, y la franqueza que reinaba entre ellos parecia hija de un conocimiento antiguo. No pude contener un movimiento de cólera y de celos, creyendo que Luisa habia contraido una deplorable amistad con una muger cuyo carácter (por servirme de una expresion benigna) no estaba al abrigo de las suposiciones, y pensando que su marido, para vengarse de su esposa, en vista de la nueva hermosura, trataba de ser á su vez el héroe de una aventura amorosa.

Atormentado por un acceso de splin, comencé á erar sin direccion ni objeto por las calles de Coblenz. Mi amor á la paz, y mi repugnancia hacia las querellas, se desvanecieron completamente; hubiera querido batirme en aquel momento con todo el egército prusiano, desde el estado mayor hasta el ultimo soldado. Al cabo de media hora, mi splin y mi humor guerrero, se habian moderado un tanto: determiné visitar á Luisa y á su madre, dando tiempo á que se hubiesen desembarazado del coronel y su esposa. Cuando calculé que ya estarian solas, me dirigi á su posada agitado por los mas encontrados sentimientos. Se me condujo al aposento de estas señoras, y el primer objeto que se presentó ante mis ojos en la antesala, fue el sombrero con plumas de gallo de monsieur Lensdorff. El gallo ha sido siempre para mí un ave de mal agüero, pero apenas vi en esta ocasion aquel signo funesto, se oprimió mi corazon cual si una mano de hierro le apresase.

Fui recibido de Luisa y su madre con todas las muestras de alegría de un verdadero amor, de modo que empecé á serenarme, si bien la presencia del coronel alejaba la tranquilidad de mi espíritu. Pasados los primeros momentos consagrados al júbilo, me dijo Luisa, con cierta sonrisa maliciosa, mostrándome á monsieur y madama Lensdorff.

—Es necesario que os presente á mis amigos.

La sonrisa reprimida de la esposa del coronel acabó de mortificarme: apenas osaba levantar los ojos hacia ella: mi embarazo se aumentaba considerándome el blanco de las miradas curiosas de la sociedad, y sobre todo de las del coronel,

cuyo semblante permanecia serio, y un tanto asombrado. Debia yo parecer un niño en aquel momento, pues mi turbacion se hacia cada vez mayor, en términos de faltarme hasta la voz. Despues de un momento de silencio añadio Luisa, con aire burlon:

—¡Ah, cuán torpe soy! habia olvidado que vos no necesitais se os presente á madama Lensdorff. Reparadla, casualmente lleva hoy el sombrerito y el chal de color de rosa, que tan profunda huella deben haber impreso en vuestros recuerdos.

—No, no, Luisa, replicó madama Lensdorff, esos recuerdos no son sino fantásticas visiones de un sueño á la sombra de un nogal, que el señor habrá procurado olvidar indudablemente, pues no permiten las leyes de la galantería que un caballero que ambiciona los triunfos del amor, revele los secretos del bello sexo.

—¡Un sueño! esclamó el coronel soltando una risotada que devolvió toda la fuerza á mi orgullo abatido; esa ficcion no tiene crédito donde estoy yo: es una realidad, señoras mías: es el tacto material de una mano blanca, tierna, delicada.... *de la mano mas tierna que::::*

—¡Por Dios, coronel! le interrumpí yo henchido de cólera y de placer al mismo tiempo, por tener en quien poder vengarme; no he olvidado que os debo una esplicacion, y estoy pronto á dárosla.

—No, amigo mio, me dijo con un tono de franqueza y cordialidad, alargándose la mano; soy yo quien á mi vez os debo una esplicacion.... Sabed que mi esposa y Luisa son amigas desde la infancia: han sido educadas en un mismo colegio en París, y desde entonces no se ha interrumpido su correspondencia. Estas señoras llegaron á Coblenz algunas horas despues de vuestra salida para Bade. Madama Lensdorff se encontraba, como podeis presumir, en el mayor apuro á causa de la desgraciada escena del jardin, y vos convendreis en que yo no estaria muy contento; pero afortunadamente todo se explica á maravilla. El hermano de mi esposa, teniente de mi regimiento, se habia visto precisado á ocultarse á causa de un desafío mortal habido con un oficial perteneciente á una familia distinguida. Si se hubiera sabido que nuestro fugitivo seguia correspondencia con nosotros, me hubiera yo comprometido, pues mi obligacion era perseguirle, lo que hubiese yo verificado indudablemente á saber su paradero; y he aquí la causa de la correspondencia secreta con mi esposa, sin mi conocimiento;

y de la misteriosa visita al nogal, que tan agradablemente interrumpió vuestro sueño. Gracias á la intervencion de uno de nuestros parientes que tiene alguna influencia en la corte de Berlin, nuestro hermano acaba de obtener su indulto, y nosotros recibimos ayer mismo tan agradable noticia. Nada, pues, me queda que hacer, sino ofreceros mi amistad, y estar pronto á serviros de guia en la fortaleza d'Ehrenbreitstein, sin que corrais el riesgo de ser rechazado bruscamente; y que mientras quede en mi bodega una botella del aromático vino de Rudesheim, podreis apurarla, refiriendo todas las aventuras de que hayais sido el héroe, ó testigo.

—Y yo, añadió madama Lensdorff, os ofrezco un pacto de amistad, en prueba de la cual os tiendo mi mano, que no hallareis sin duda tan tierna y delicada como la de la divinidad de vuestro sueño; y como prenda de nuestra alianza, y en pago de las tribulaciones que inocentemente os he causado, dignaos aceptar esta esmeralda.

—¡Luisa! y vos ¡monsieur y madama de Lensdorff! vuestra amabilidad y mi ventura, me ponen hoy mas confuso que me tenia ayer mi imprudencia: ayer tenia yo dos enemigos, hoy encuentro dos amigos.... quizás esto haga que me reconcilie yo algun dia con el gallo.... pero lo que no debeis dudar es, que nunca olvidaré la fortaleza d'Ehrenbreitstein, el sombrerillo y el chal de color de rosa, y el buzon de las cartas en el tronco del nogal, y sobre todo que repetiré continuamente á los jóvenes presuntuosos: *¡Cuidado con las apariencias!*

Juan Antonio Almela,

CRÓNICA GENERAL.

TEATRO.

GUZMAN EL BUENO,

DE D. ANTONIO GIL Y ZARATE.

Llenos de entusiasmo y admiracion, sentimos un placer inmenso al escribir este articulo. Poco prevenidos por los elogios con que suelen anunciar los periódicos de la corte las producciones dramáticas de nuestros poetas, pues no recordamos que hayan tributado á *Guzman el bueno* todos los elogios de costumbre, hemos visto representar este

LICEO VALENCIANO.

hermoso drama por primera vez en nuestro teatro. Cuando admiramos su alto mérito y consideramos lo poco que de él se ha hablado en los papeles de Madrid, y por otra parte los desmedidos aplausos que se han prodigado allí á otras piezas, que á nosotros, pobres provincianos, nos parecen de un mérito ciertamente muy inferior, quasi no nos atrevíramos á manifestar este nuestro juicio, sino lo corroborase el voto de todas las personas inteligentes de esta ciudad que conocen la produccion de que hablamos, y si no creyéramos tambien que la buena censura no es el patrimonio exclusivo de los escritores de la villa y corte.

Sea, pues, cual fuere el éxito que haya tenido allí, podemos asegurar al autor del *Guzman* que su produccion nos ha parecido superior en mérito á todas las demás producciones modernas de su género, y que en nuestro sentir el señor Gil y Zarate puede enorgullecerse de ser el primer poeta dramático de nuestra época.

Guzman el bueno no es un drama trémebundo con caractéres falsos, pasiones exageradamente ridículas y situaciones mas que dramáticas horrorosas y nauseabundas, como muchas de las que abundan en los modernos dramas franceses de autores de primera nota y aun como las de algunos autores españoles que desgraciadamente se empeñaron en hacernos sentir á la francesa. *Guzman el bueno* es una obra de estudio y de meditacion. Su argumento es sencillo, pero en estremo interesante y bien conducido. Tratado había sido con anterioridad en un monólogo de Iriarte, ya quasi en olvido, y al parecer este hecho histórico, grande y subleme, como tantos otros con que se honraron los españoles en tiempos de una sociedad menos materializada, no podia producir mas que un monólogo, pero el señor Gil y Zarate ha sabido hacer un drama. El hijo de Guzman, que apenas contaba 7 años al tiempo de su muerte histórica, aparece mozo y armado caballero en el primer acto del drama. La traicion del infante de Castilla D. Juan, que se une al moro para tomar á Tarifa contra su hermano D. Sancho, y la circunstancia de caer prisionero en poder del traidor el hijo de Guzman, colocan á este en una situacion dramática, luchando entre su honor como caballero, sus deberes como cristiano y súbdito del rey de Castilla, y el cariño paternal y el dolor de su esposa. Los amores de D. Pedro y D.^a Sol, hija del infante rebelde, son un episodio del drama que concurre á darle mas vida y animacion, y que ha facilitado á su autor un golpe dramático de grande efecto en la última escena del cuarto acto. La figura mas sobresaliente en el cuadro es *Guzman el bueno*. Este personage histórico ha resucitado en el drama del señor Gil y Zarate, ó al menos le ha copiado tan bien que el espectador no ha conocido al original, y sin embargo lo reconoce en el retrato. Tal es el poder del genio. Soldado valiente y de principios severos, caballero pundonoroso, prudente capitán, Guzman admira, entusiasma y conmueve. Todas las demás figuras del drama las hace servir el poeta para realzar la principal; todos y siempre son inferiores al héroe. Combatido Guzman por las circunstancias, por el dolor de su esposa, por el temor de la muerte de su hijo, y hasta por los soldados y el pueblo dos veces sublevados por Nuño para salvar á D. Pedro, duda, se enternece, llora en fin,

pero no cede; el abatimiento de los demás acrecienta su valor, y en un momento de resignacion decide la muerte de su hijo antes que faltar á sus deberes y comprometer tal vez la suerte de Castilla. Todas las situaciones mas difíciles que podria presentar el argumento están sin duda en el drama del señor Zarate; todas las razones, todas las circunstancias mas fuertes, mas poderosas, las ha presentado el poeta contra Guzman y sus principios; pero á pesar de todo Guzman triunfa, y el espectador ama á Guzman, aprecia en él la severidad de los principios, la nobleza de los sentimientos, y llora con él y le aplaude hasta en sus últimas palabras. Así ha vencido el señor Gil y Zarate todas las dificultades de este argumento. Pero hay mas; el autor de *Guzman el bueno* ha retratado al héroe y á su siglo. Despues del héroe vemos á D. Pedro, al hijo de Guzman, valiente como su padre, y que procurando imitar la fortaleza de su alma lleva el heroismo hasta el estremo de sacrificar su amor á su deber; pero no puede resistir á las lágrimas de su madre. Esta, la esposa de Guzman, es una madre copiada de la naturaleza, una madre que ama entrañablemente á su hijo y le prefiere á todas las mundanas consideraciones. Otro de los personajes mas bellos del drama es el capitán Nuño, anciano lleno de honradez y de afecto á la familia de los Guzmanes, que expresa su carácter franco y noble en la lengua propia de un soldado.

Bien sabemos que para conocer á fondo las bellezas de este drama, y hablar de todas ellas es preciso tenerle en la mano y meditarle mucho, pero ya que no tengamos tiempo para tanto al menos recorreremos algunas escenas de las que mayor impresion nos han causado.

La escena primera del primer acto, en que es armado caballero D. Pedro, ciñéndole la espada D.^a Sol, es una idea escelente, aunque no del todo original. Son bellísimas la escena séptima y la décima del mismo acto; la primera, segunda y cuarta del segundo, donde hay aquel trozo de diálogo en que el autor ha tenido un momento feliz en el último verso:

<i>Comat.</i> Pero ¡Nuño aquí!.... Va-	<i>Nuño.</i>	Sí, ¡voto á sanes!
liente anciano,	Solamente á ti no.	

¿No te acuerdas de mí?

Comat. La mano.

<i>Nuño.</i> Moro del diantre	<i>Nuño.</i>	Toma.
-------------------------------	--------------	-------

Mas de lo que quisiera.

(Ap.) Lástima que este moro no

<i>Comat.</i> Siempre guardas	se salve.	
-------------------------------	-----------	--

A los míos rencor?

La escena cuarta, entre D.^a Sol y D. Pedro, es interesantísima. El carácter de D.^a Sol respira una nobleza y elevacion de alma que conmueve sobremanera al referir á su amado la proposicion del infante su padre exigiendo que entregue á Tarifa por precio de su mano. He aquí un trozo de esta escena.

<i>D.^a Sol.</i> Si á Tarifa entregais hoy,	Unida quedo con vos.
---	----------------------

Si á la patria, al soberano,

¿Aceptais? Esta es mi mano.

Y la santa ley de Dios

D. Ped. Señora, ¿me conoceis?

Vender consentís villano,

D.^a Sol. Porque os conozco sobrado

- Por vos la respuesta he dado.
D. Ped. ¿Por mí respondido habeis?
 ¿Quereisme pues deshonrado?
D. Sol. ¿Eso recelais de mí?
 Atento á vuestro decoro
 Vuestra muerte preferí,
 Porque para vos creí
 La honra el mayor tesoro.

D. Ped. ¿Y qué me importa el morir?
 Con mi honor he de cumplir;
 Y pues no os prefiero á vos
 Menos lo haré, vive Dios,
 Con un misero existir.

Este acto es indudablemente el que contiene mas bellezas, y él solo bastaria para hacer la reputacion de un poeta. Despues de la escena cuarta, en que D. Pedro sabe sacrificar el mas dulce de los afectos á los severos principios del honor, viene la escena séptima, en que tiene que luchar con el amor de una tierna madre, pero rendido al fin ofrece á D.ª María, que se quedará en Tarifa. Son sublimes aquellos dos versos:

- D. Ped.** ¡Ay! al llanto de su madre,
 ¿Qué puede un hijo negar?

Pero en la escena nona es donde el autor ha desplegado todas sus facultades. Guzman entra y conoce lo que ha mediado entre su esposa y su hijo, y este tiene que ceder todavia á su padre. Aunque hayamos de ser difusos no podemos dejar de trasladar aquí algo de tan bellísima escena.

- D. Ped.** ¿Conque es preciso cien dagas
 Clavar en su corazon?
Guzman. Cumplir con tu obligacion,
 Eso es preciso que hagas.
 En lo que el honor previene
 Se halla solo el buen sendero:
 Oidos un caballero
 Para otra cosa no tiene.
 ¿Piensas tú que es este pecho
 Sordo de natura al grito?
 Tambien sollozo y palpito
 En triste llanto deshecho:
 Tambien padezco al mirar
 De una esposa á quien adoro
 El justo dolor y el lloro
 Que no me es dado secar.
 Tú, al menos, te marcharás,
 Y en el árido desierto,
 Ora estés esclavo ó muerto,

- D. Juan** me ha juzgado mal
 Si al poder de esa belleza
 Piensa hacerme desleal:
 Ni he de perder mi firmeza,
 Ni ha de faltarme un puñal;
 Que aunque es inmenso mi amor,
 Sabré dar á mi querida,
 De mi mismo matador,
 Mas bien que un traidor con vida,
 Un cadáver con honor.
D.ª Sol. Y ella aunque débil muger,
 Así tambien te prefiere:
 Firme cual tú sabrá ser;
 Y si te ha de envilecer,
 Cadáver tambien te quiere.

- D. Ped.** ¡Ay! al llanto de su madre,
 ¿Qué puede un hijo negar?

- Su pena ya no verás;
 Mas yo la tendré á mi lado,
 Oiré su queja incesante
 Y de impío á cada instante
 Seré por ella acusado;
 Y para doble dolor,
 Deberé en mi afan prolijo
 Sufrir la falta de un hijo
 Y de una madre el furor.
D. Ped. ¡Ah! perdonad mi flaqueza:
 Me avergüenzo de mí mismo....
 Mas para tanto heroismo
 ¿Dónde encontrais fortaleza?
Guzm. Que, ¿solo el valor se muestra
 Por ventura en la batalla?
 Ese fácilmente se halla,
 Pero hay mas ruda palestra:
 Palestra, sí, donde son
 Inútiles peto y lanza;
 Que en ella á lidiar se lanza

Sin defensa el corazon.
 Dichoso mil veces fuera
 El hombre, si su existir
 A pelear y morir.
 Tan solo se redujera:
 Su vida es el bien tal vez
 Que á menos afan le obliga,
 Y cuanto mas la prodiga,
 Alcanza mas gloria y prez;
 Mas otro bien Dios le dió
 Que es fuerza conserve y ame;
 Pues un poco que derrame,
 Todo con él se perdió.
 Este bien es el honor:
 Será fantasma, quimera,
 Pero el mundo donde quiera
 A ese solo da valor.
 Este te manda partir;
 Y aunque el dolor que me aqueja
 Detenerte me aconseja,
 Crimen fuera resistir.
 Ni pienses que de otra suerte
 Tu vida salvar podrias:
 Siempre, Pedro, moririas
 Pero de mas triste muerte;
 Que dó el honor muerto está,
 No hay ya de vida esperanza;
 Y muerte es esa que alcanza
 Del sepulcro aun mas allá.
D. Ped. Basta... no vacilo... A Dios,
 Padre: dó el honor lo exige
 Vuestro hijo se dirige,
 Y digno será de vos.
 Solo os pido al ausentarme

Esto es sublime. El hombre de corazon grande, el soldado de principios severos se deja vencer dulcemente por la naturaleza en los momentos en que abraza por última vez al hijo de sus entrañas. Muchas veces hemos leido esta escena que es de las que mas nos han admirado en el drama y siempre nos han conmovido. La escena siguiente y la última del tercer acto son tambien de un grande efecto. D. Nuño ha sublevado á los soldados y al pueblo, y en los momentos en que D.ª María pretende retener á su hijo; acuden gritando en su favor, cuando entra al mismo tiempo Aben-Comat á reclamar al prisionero. Guzman coloca entonces á la afligida madre en la cruel alternativa que indican aquellos versos:

Guzman. Se quedará.... Ya, señora,
 Teneis libre á vuestro hijo.
 Mas un santo juramento
 Ha hecho y hay que cumplirlo.

En este instante fatal,
 Un favor inmenso.
Guzman. ¿Cuál?
 Dí.
D. Ped. Que os digneis perdonarme;
 Y me abraceis.
Guzman. Hijo, sí.
 Ven sobre este pecho, ven;
 Hijo, mi prenda, mi bien,
 Abraza á tu padre.... así.
D. Ped. ¡Ah! siento en el corazon
 Un consuelo celestial.
Guzman. El ósculo paternal
 Recibe y mi bendicion.
 Recibe tambien el llanto
 Que de mis ojos te envio....
 Perdonádmelo, Dios mio:
 Soy padre.... y ;le quiero tanto!
D. Ped. ¡Dios!.... ¿qué veo? ¡Llorais? ¡Vos!
 ¡Vos! ¡Guzman!
Guzman. Nadie nos ve....
 No.... nadie.... Llorar podré,
 Que estamos solos los dos.
D. Ped. ¡O dulce llanto! ¡O placer!
 ¡Mil veces feliz instante!
Guzman. De esos crueles distante,
 Pueda este llanto correr:
 Deja, sin que á nadie asombre,
 Ni mi dolor nadie vea,
 Que padre un momento sea:
 Despues volveré á ser hombre.
D. Ped. ¡Ay! aunque tuviera ciertas
 Mil muertes, ya con valor....

El moro espera á su esclavo;
 Y puesto que se le quito,
 Yo debo ocupar su puesto:
 Aben-Comat ya te sigo.

Y mientras D.^a María abraza las rodillas de Guzman apurando los ruegos y las lágrimas, D. Pedro sale con Aben-Comat para el campo moro. Este es un final admirable.

El sueño de Guzman en la primera escena del cuarto acto está traído con oportunidad y revela los temores de su corazón sin menguar la fortaleza de su carácter. En la escena segunda está perfectamente pintada la lucha de afectos encontrados que produce en su alma la lectura del pliego del infante.

Guzm. No... no... apártate, María...

No le mires.... si supieras....
¡Oh perversidad!.... Mas es
imposible.... sí.... Me quema
La frente.... Estoy delirando....
Leí mal.... ¡Oh! no.... no.... es
cierta
Mi desgracia. ¡Que yo mate
A mi hijo el bárbaro intenta!
.....
Mírad.... lo que dice.... es su letra.
Hoy mismo, si al tercer toque
Del clarín, no se le entrega
Esta plaza, al pie del muro
Veré caer su cabeza.

En la escena quinta, sublevados segunda vez por el honrado Nuño los soldados y el pueblo piden á Guzman que entregue á Tarifa para salvar á su hijo, con la protesta del buen Nuño de haberla de tomar después. Entonces es cuando deteniéndolos Guzman se dirige al muro y arroja el cuchillo diciéndole á D. Juan:

Si arma no tienes para darle muerte,
Toma, allá va, verdugo, mi cuchillo.

Los toques del clarín contribuyen á sostener en aumento el interés del espectador que no pierde la esperanza de volver á ver á D. Pedro, hasta que por la última vez suena la fatal trompeta.

Ya en otra parte hemos hablado de la escena última en que se presenta D.^a Sol en el castillo de Tarifa ofreciendo su cabeza á Guzman para salvar la de su amante. Este es un buen pensamiento, y de un efecto admirable como hemos dicho.

Sentimos no podernos detener mas en el exámen de esta pieza que tanto nos ha admirado; pero al hablar así no se crea que pretendemos demostrar que no tiene defecto alguno. Nosotros la sujetamos, á pesar de su grande mérito, á la regla general de que no hay obra humana absolutamente perfecta. Hemos dicho, sí, que nos parece el mejor drama moderno, y sin embargo, en medio de las muchas bellezas de que abunda, tambien nos atreveremos á hacer algunas observaciones. La traicion del infante de Castilla nos parece algo repugnante porque está poco motivada. Tambien el espectador tiene que adivinar algunas de las razones que pudieran mover al caudillo moro para permitir que volviese D. Pedro con Aben-Comat á Tarifa. Tambien nos parece un

D.^a María. ¡Bárbaro!.... No,
Tú no darás esa muestra
De ferocidad.... El hijo
No dejarás que perezca.
Guzman. ¿Quién?.... ¿Yo?.... No....
pero...

D.^a María. ¡Dios mio!
Tu vista de horror me llena.
Le matarás.... sí.... lo leo,
Lo leo en tus ojos. Fiera,
Le matarás.

Guzman. Nunca.... nunca....
¡O patria! ¡Oh terrible prueba!
Idos.... dejadme.

LICEO VALENCIANO.

287

tanto sobrado repentino el cambio de afectos que espresa D.^a María en la escena cuarta del último acto, cuando después de haber ridiculizado con la mas amarga ironía las ideas de honor de Guzman, dice:

¡Ah! Mal te conocí.... Perdona, esposo,
Mi insensato furor.

Creemos tambien, en fin, que el autor hubiera podido aprovecharse mas del principio religioso tan influyente en la época del drama, y hubiera robustecido mas tambien el personage de Guzman. Estas son las observaciones que por de pronto se nos han ocurrido sobre este drama que no nos cansaremos de elogiar.

Sin el personage del capitán Nuño, el cambio de escena del cuarto acto y la libertad que se observa en la versificación respecto al metro, en lo demás, *Guzman el bueno* podria considerarse quasi como una tragedia clásica. Pero sin detenernos ahora en disputas sobre el género á que pertenece, concluiremos diciendo: que la armonía de la versificación, la elevacion del estilo en general, la pintura de pasiones y situaciones difíciles hecha con estudio y profundidad revelan el talento superior del autor del *Guzman*. En esta obra el señor Gil y Zarate ha llegado algunas veces á lo sublime, y en ciertas esceuas nada tiene que envidiar ni á Corneille ni á Racine. En fin, este drama todo español creemos que está destinado á vivir por largo tiempo sobre la escena, mientras conserven los españoles algo de aquel carácter grande, noble y pundonoroso que los ha distinguido siempre de los demás pueblos.

Quisiéramos en este momento tener una reputacion literaria, para que nuestro pobre juicio pudiera serle mas satisfactorio y llamar con él la atencion pública hacia uno de los mas ilustres de nuestros poetas; pero ya que no podemos alegar el título de conocidos literatos, alegaremos el de imparciales, pues ninguna relacion nos une con D. Antonio Gil y Zarate, ni tenemos otro interés en decir que le consideramos como el primer poeta dramático de nuestra época, que hacer justicia á su mérito y satisfacer una necesidad que ha hecho nacer la admiracion.

M. V. A.

CRÓNICA DEL LICEO.

Como habíamos anunciado, verificóse en la noche del 7 del actual, la función pública en los términos que indicamos en el número anterior. Esta sesión en nada cedió á las que anteriormente hanse celebrado en el Liceo, y casi podemos asegurar que fue de las mejores; al menos por parte de la ejecución de la *Dama duende*, en la que todos los socios y socias que trabajaron se esmeraron á porfía, resultando en el desempeño de sus respectivos papeles aquella apetecida igualdad que corona con el éxito mas feliz este género de representaciones. Todos lograron alcanzar de un público nada pródigo en aplausos, demostraciones inequívocas de la satisfacción con que eran escuchados; los señores Ronda (D. Tomás) Almela, Orga y Segura merecieron bien del Liceo; y las

LICEO VALENCIANO.

señoritas Doña Dolores Berrio y Doña Joaquina Lopez, y las socias de mérito Doña Teresa Bouvier de San Juan y Doña Joaquina Puchalt de Lopez desempeñaron con tanta perfeccion los suyos que á sus esfuerzos debe atribuirse la gloria que les cabe de que pocas veces se haya visto tan bien representada en el teatro esta agradable comedia.

Aquí terminaríamos nuestra crítica, si un sentimiento de justicia en favor de tres de los principales actores, que de ningun modo puede ofender á los demás, no reclamase su continuacion. Encuéntrase en primer término la señora Bouvier que á la sazon desempeñaba el papel de Dama duende, y que lo hizo con tanto tino, con tan esquisito gusto dramático, y con un conocimiento tan superior, que nada debe envidiar á los mejores artistas. Con su alta capacidad consiguió satisfacer las exigencias hasta de los mas descontentadizos, los cuales no quedaron menos complacidos de la gracia con que cantó lo poco que el argumento exigia. Ya que el deseo de no herir demasiado su modestia nos impide dar á nuestros lectores una brevíssima descripcion de las sobresalientes facultades que posee y demás cualidades que la adornan, permítasenos al menos manifestar aquí que el favorable juicio que de su mérito y talento habíamos prematuramente formado, recibió en esta noche la mas solemne sancion. Tambien la señora Puchalt estuvo mas feliz que nunca, y trabajó con tanto conocimiento y acierto, que un sentimiento general de aprobacion y gratitud se advirtió en el Liceo cuantas veces se presentó en la escena. Nosotros le damos el mas cordial parabien por tan señalado triunfo. Por ultimo, el señor Orga, de quien apenas hemos hablado en nuestra crónica, sin embargo de haber desempeñado con bastante maestría varios papeles en las diferentes comedias que se han hecho, se distinguió notablemente; y en el tercer acto en particular, llegó á una altura á que con dificultad llegan los mas entendidos actores.

A seguida púsose en escena un hermoso duo de la ópera *Anna Bolena*, que cantaron la socia Doña Concepcion Vergadá y el socio Don Fernando Ureta. Este duo tuvo bastante buen éxito, porque la señorita Vergadá lo cantó con gusto y seguridad, sin que fuera bastante á distraer su atencion la parte escénica, á la que no estaba acostumbrada, pero que supo llenar muy cumplidamente, en términos que no nos dejó nada que desechar. Sabe sentir y expresarse dignamente. El coro, escena y aria de la *Gemma di Vergi* puso término á la funcion. Cuanto digamos de su ejecucion, considerada bajo de todos sus aspectos, no será bastante; debiendo por lo mismo quedar completamente satisfecho el señor Serrano, así como el público manifestó estarlo del estilo y perfeccion con que la cantó.

Las sesiones ordinarias han sido tan brillantes como las del mes anterior: en ellas han ejecutado las secciones de música y declamacion varias piezas de sumo gusto, en particular la comedia que puso en escena esta última, titulada *Miguel y Cristina*, que fue desempeñada perfectamente por la señorita Berrio y los señores Ronda y Almela. Sentimos mucho la falta de espacio para hablar de otras muchas piezas que se ejecutaron; en otra ocasion desempeñaremos esta tarea y haremos justicia á todos.